

AHIJUNA

HISTORIA LETRAS
POLITICA
ECONOMIA

"TIEMPLE Y CANTAREMOS JUNTOS..."
HERNANDEZ

magnasco

en un estudio de Irazusta

santos pérez

por Gorosito Heredia

borges

"argentino sin conciencia histórica"

7

los nacionales * homena-
jes * leído y comentado *
correo histórico * testimonios

AGOSTO - SETIEMBRE 1968

PRECIO \$ 120.-

AHIJUNA

Distribuidor exclusivo para el Interior, Uruguay y Paraguay:

Efebe Representaciones, French 151, Avellaneda (Buenos Aires)

En venta en las siguientes librerías:

Capital Federal:

Huemul, Santa Fe 2237.
Casa Pardo, Callao 527.
Casavalle, Viamonte 452.
Clásica y Moderna, Callao 892.
Fernández Blanco, Tucumán 714.
Fausto, Corrientes 1311.
Platero, Talcahuano 468.
Norte, Pueyrredón 1454.
Sopena, Esmeralda 116.
J. Orlando Díaz, Mariano Acosta 11.
Fiorentino, Rivadavia 5061.
Kraft Centro, Florida 378, local 20.
Verbum, Viamonte 411.
Tomás Pardo, Maipú 618.

San Carlos de Bariloche:

Arnaldo Arnaíz, Av. Belgrano 98.

La Plata:

Atenea, 49 esq. Diagonal 80.
Jus, 46 esq. 11.

Mar del Plata:

Librería El Cid, Corrientes 1732 2º p. Of. 4
Erasmus, San Martín 3330.

Olavarría:

Atenea, Galería Vicente López, local 28.

Tandil:

J. A. C., Centenario 360.

Bolívar:

Del Globo, San Martín 700.

Córdoba:

Hogar del Libro, Deán Funes 256.
Córdoba, Deán Funes 75.
Librería Leal, Galería San Martín, local 13 B.

HISTORIA DEL PAÍS DE LOS ARGENTINOS

de Fermín Chávez

Una obra que presente los episodios fundamentales de la vida nacional en síntesis, ha sido durante largo tiempo una necesidad; en ese sentido esta obra está destinada a prestar ponderable utilidad.

Este libro permitirá a los no iniciados ubicarse en las grandes líneas del pasado nacional. Está escrito ágilmente con una adecuada metodología en sus capítulos y logra un conocimiento veloz del tema.

El ejemplar \$ 900.—

En venta en todas las buenas librerías.

EDICIONES THEORIA S.R.L.

Rivadavia 1255 4º of. 407 38-0131 Bs. Aires

AHIJUNA

Año 1 — Número 7
Agosto-Setiembre 1968

Director: FERMÍN CHAVEZ

Editor: Ediciones Nuestro Tiempo, S. en C. por A. (ef.)

Dirección y administración: Rivadavia 1255, 4º piso, of. 406, Buenos Aires

Río Cuarto:

De la Patria, Vélez Sarsfield 272.
Novaro y Cía., Vélez Sarsfield 128.

Villa María:

Abel R. Cabral, Galería Goldberg

Curuzú Cuatiá:

Estrada, Berón de Astrada 877.

Paraná:

Carlos Ma. Quinodóz, Corrientes 412 (n)
Colecciones SRL, Diamante 257.
Gran Emporio del Litoral, San Martín y 25 de Junio.

Jujuy:

Riba y Cía., San Martín Esq. Necochea.

Mendoza:

Salgado, San Martín 1590.
R. P. Victoriano Ortego, Sarmiento 164.
Simoncini y Gómez, Buenos Aires 98.

Posadas:

Pellegrini, Colón 280 local 13

La Rioja:

El Colegio, 25 de mayo y P. B. Luna

Salta:

B. Salas e Hijos, Alberdi y Caseros
El Colegio, Caseros, 654.
Martín Fierro, Libros, Deán Funes 115.
Salta, Buenos Aires 29.
Luis C. D'Jallad, Córdoba 788.

San Luis:

Pedro Anello, Belgrano 801.

Rosario:

Casa Rodino, Córdoba 2121.

Santa Fe:

Colmegna, San Martín 2546.
Castellví, San Martín 2355.
Libretex, San Martín 2151.

Tucumán:

Norte Libros SRL, 24 de setiembre 616.

Impreso en: Imprenta López.

Prohibida la reproducción total o parcial sin previo permiso de los editores.

Registro de la propiedad intelectual, N° 956.993.

Suscripciones:

Anual (12 números) \$ 1.200.—

Semestral (6 números) „ 600.—

El Ejemplar \$ 120.

Correo Argentino Sucursal Nº2	Tarifa Reducida Concesión Nº 8848
	Franqueo Pagado Concesión Nº 2948

Oswaldo Magnasco

por JULIO IRAZUSTA

Uno de los maestros de la escuela revisionista argentina, Julio Irazusta, publicó en 1959 una magistral conferencia pronunciada en Gualeguaychú sobre el pensamiento nacional de Oswaldo Magnasco. El texto que ofrecemos aquí constituye una parte sustancial de la mencionada disertación sobre el ilustre entrerriano, cuya verdadera personalidad es escamoteada casi sin excepción.

MAGNASCO DENUNCIA LOS ABUSOS COMETIDOS POR LAS EMPRESAS FERROVIARIAS BRITANICAS EN 1891

COMO sienta a las almas bien templadas, nuestro personaje se elevó a la mayor altura alcanzada en su carrera, al día siguiente de aquel en que el sistema imperante que le servía de alto escenario, pareció vacilar sobre su base, como si una trampa abierta a los pies del actor lo tragara por el capricho de una fantasía trascendental. Aunque el golpe de teatro que dio desenlace a la caída de Juárez, no se hubiese producido, Magnasco era entonces hombre de sobreponerse a temporarios accidentes propios y ajenos.

Fue en 1891 que le tocó integrar una comisión parlamentaria investigadora de los Ferrocarriles Garantidos, cuando enfocó el problema ferroviario argentino con una amplitud de miras y una superioridad de pensamiento, que exhiben su capacidad como ninguna otra de sus acciones. Dijo entonces Magnasco estas palabras, que me excuso de citar *in extenso* en obsequio a la enorme importancia que tienen y a la elocuencia que encierran: "El ferrocarril inglés en la Argentina no es un negocio, señores diputados, no es una industria. Es una extralimitación insolente que yo evidenciaría a la Cámara, si el Diputado que promovió esta indagación no hubiera trazado ya, con caracteres de una elocuencia dominante, el gran cuadro de los grandes robos de las empresas ferrocarrileras establecidas en nuestro país. Pido disculpas a la honorable Cámara si por primera impresión conceptúan mi lenguaje un poco exagerado. Pero que digan los miembros de la Comisión investigadora si yo no traduzco fielmente sus sentimientos... y espero que mucho antes de terminar este informe estará en todas las inteligencias el mismo concepto *robo*, y ha de brotar de todos los labios la misma palabra". Tratando de explicar cómo se había llegado a esa situación, Magnasco apeló a la experiencia nacional, que nos había hecho víctimas de nuestra generosidad, senti-

miento noble pero irreflexivo, que se tornaba en prodigalidad dispendiosa e hipotecaba el porvenir. "No pasa un solo día", agregaba, "uno solo, sin que tengamos que lamentar algo así como una reyerta entre los poderes públicos y las compañías particulares, encastilladas en sus concesiones y en la soberbia de una audacia sin precedentes". La excusa que alegaba a favor del régimen, era el afán de progreso, que los contemporáneos radicaban en la expansión ferroviaria. Pero con su insobornable objetividad, Magnasco se preguntaba: "¿Han cumplido las compañías privadas los nobles propósitos que presidieron estas concesiones de ferrocarril, tan prodigadas en los últimos años? ¿El espíritu civilizador, que animó las disposiciones legislativas, ha sido satisfecho por las empresas? ¿Han servido como los elementos de un progreso legítimamente esperado, o por el contrario, han sido obstáculos, obstáculos serios, para el desarrollo de nuestra producción, para la vida de nuestras industrias y para el desenvolvimiento de nuestro comercio? Mejor sería, señor, que no contestase tales preguntas, porque aquí están los representantes de todas las provincias argentinas, que experimentalmente han podido verificar, con los propios ojos, el cúmulo de pérdidas, de reclamos, de dificultades y de abusos producidos por esto que en nuestra candorosa experiencia creímos factores seguros de bienestar general. Ahí están las provincias de Cuyo, por ejemplo, víctimas de tarifas restrictivas, de fletes imposibles, de imposiciones insolentes, de irritantes exacciones, porque el monto de esos fletes es mucho mayor que el valor de sus vinos, de sus pastos y de sus carnes. Ahí están Jujuy y Mendoza, sobre todo la primera, empeñada desde hace 12 años en la tentativa de la explotación de una de sus fuentes más ricas de producción: sus petróleos naturales. Pero no bien llega a oídos de la empresa la

exportación de una pequeña partida a Buenos Aires o a cualquier otro punto, inmediatamente se levanta la tarifa, se alza como un espectro, y se alza tanto, que el desfallecimiento tiene que invadir el corazón del industrial más emprendedor y más fuerte. Ahí está Tucumán, Salta y Santiago, especialmente Tucumán, lidiando por sus azúcares, por sus alcoholes y por sus tabacos, con una vitalidad que, de no haber sido extraordinaria, habríamos tenido que lamentar la muerte de las mejores industrias de la República, porque habrían sucumbido bajo la mano de fierro de estos israelitas de nuevo cuño... Ahí está el transporte de madera, que parece ser una facultad que monopolizan las empresas y que ellas conceden cuando se les antoja. Ahí están nuestros cereales, los cereales de nuestras provincias agrícolas y los ganados de nuestras provincias ganaderas. ¡Siempre la falta de material rodante! ¡Siempre alguna traba! ¡Ahí están hacinados y paralizados en las estaciones, como se releva un material inútil en un depósito de trastos viejos! También eso, como todo, es facultad privativa de ellas, que solamente la conceden cuando creen llegada la oportunidad de su propia conveniencia”.

Antes de seguir el razonamiento de Magnasco hasta sus últimas consecuencias, detengámonos en este punto, que parece una prodigiosa anticipación de nuestro presente. Muchos argentinos extraviados por una experiencia de nacionalización de nuestras fuentes de riqueza, mal hecha por un gobierno inepto, suelen volver la mirada, como hacia una perdida edad de oro, a la época en que los ferrocarriles eran ingleses. Sin embargo, aquí tenemos el cuadro que de esos ferrocarriles ingleses nos pinta Magnasco, para recordar que bajo su régimen la situación nacional era peor que en la actualidad. Y que de esa causa resultaron los efectos que estamos sufriendo.

El discurso que comentamos seguía exponiendo cómo un decreto de 1888 había librado a las empresas británicas del control que les impedía abusar de los privilegios con que las favorecían los contratos de concesión. Magnasco la califica de *tongo* o *matufia*. Y enumera unos tras otros, los enormes abusos que cometían las empresas. Luego de cobrar las garantías, éstas no devolvían al Estado el 50 % de las entradas, como se los exigían las leyes de concesión. Cuando el decreto *matufia*, se los permitió, abultaron sus gastos, para desligarse de todo compromiso de compensar las sumas recibidas en concepto de intereses garantidos. Como al fisco argentino, las compañías estafaban a los accionistas ingleses. Contra el expreso tenor de los contratos, incorporaban a los gastos de explotación el interés y la amortización de los empréstitos levantados por las compañías al fundar los ferrocarriles, llegando al extremo de incluir en ese rubro los desfalcos cometidos por empleados deshonestos. El abuso era tan grande, según Magnasco, que algún ferrocarril, como el Este Argentino, costó menos de lo que cobró en pocos años por concepto de garantía. Otro de ellos costaba en Londres un directorio más caro que toda

la administración de la línea en nuestro país. Las diferencias de remuneración, entre los empleados, cuando eran ingleses o cuando eran argentinos, resultan, en la denuncia de Magnasco, tan enormes, como las que nosotros conocimos hasta la nacionalización de 1949. Para no citar más que un caso, en las propias palabras del orador, “el jefe de almacenes gana”, decía, “505 pesos oro; pero el auxiliar del jefe, que es el que desempeña las funciones, en el hecho ese gana 20 pesos oro (*Risas*)” acota el *Diario de Sesiones*. Y el acusador comenta: “¡Francamente, no sé cómo no sube la vergüenza al rostro de los que presentan presupuestos como éste! ¡En ninguna parte del mundo se hace gala de un coraje tal, señor! ¡Se subleva la conciencia de cualquiera al encontrarse con datos parecidos a éstos!...” Por último denunciaba el sabotaje sistemático de todas las industrias nacionales, ya resumidos al comienzo, pero explicitados al final de su exposición. Sabotaje a la producción de azúcar, a los cereales, al ganado, a la extracción de petróleo, que ya entonces ensayóse en las locomotoras y resultó mucho más económico y de mejor rendimiento, pero que las empresas británicas, interesadas en la importación del carbón, sabotearon como todo lo demás. Una de ellas consumía leña, y revendía el carbón importado con exenciones impositivas. El ministro del interior, Zapata, abundó en los conceptos de Magnasco, que había hablado como miembro informante de la Comisión investigadora, y dio otro dato, que también esclarece el problema respecto de los términos en que se planteó en nuestro tiempo. De un ferrocarril inglés, dijo que mientras su directorio de Londres tenía un presupuesto de 124.000 pesos al año, el local costaba únicamente 27.000, y que entre los dos directorios, administraban peor que el Andino, de propiedad nacional, espejo de buena administración y único que daba utilidades al país.

En sus conclusiones, tanto el diputado como el ministro fueron en exceso optimistas. El uno como el otro, se mostraron seguros del éxito que obtendrían con el proyecto, cuya aprobación tuvo unanimidad, destinado a cortar los abusos denunciados. El mal indurado, lejos de cesar, se agravó, hasta convertirse en una *lues*, que envenenó la sangre del organismo nacional. Los ferrocarriles garantidos, que para la época del gran discurso de Magnasco, insumían la tercera parte del presupuesto argentino, siguieron pesando sobre nuestras finanzas, con peso cada vez mayor, hasta constituir un Estado en el Estado, con influencia en su política del país. La situación de hecho, descrita por el miembro informante de la Comisión investigadora de los Ferrocarriles británicos, de una dirección para las empresas, con domicilio fuera del país, mejor remunerada que la gerencia local, se inserta en la ley argentina. El código de comercio es reformado poco después, en el sentido de reconocer la legalidad de los directorios en el extranjero para las sociedades anónimas con intereses en nuestro país. Los Ferrocarriles ingleses, que daban pérdida, en vez de ser nacionalizados,

puesto que los ferrocarriles argentinos estaban mejor administrados, absorben el Andino y otras líneas que seguían en poder del Estado, como en el anémico los glóbulos blancos se comen a los glóbulos rojos. Y entre fines del siglo XIX y principios del XX, uno de los técnicos más autorizados del país, Alberto Martínez, competentísimo

director del Censo de 1910 y autor de una historia financiera nacional, establece este contraste entre los ferrocarriles argentinos y los australianos que mientras en Australia ellos daban ganancias de 18 millones de pesos oro, en la Argentina causaban pérdidas de 5 millones en la misma moneda.

ENFOQUES DE MAGNASCO SOBRE LA HISTORIA Y LA POLÍTICA NACIONALES

Desde este discurso de 1891 al famoso debate sobre la reforma de la enseñanza, Magnasco no se distingue por ningún hecho notable, aunque su labor parlamentaria es digna de estudio y reflexión.

No sería leal omitir que considero a nuestro personaje menos valioso como escritor que como artista de la palabra hablada. Su libro más importante (que yo sepa) es un alegato por los derechos argentinos a la Puna de Atacama, que no se puede comparar con las producciones de profesionales del gremio, como Ernesto Quesada, y aún políticos más diestros en el manejo de la pluma como don Bernardo de Irigoyen que por esos días trataron el mismo tema con superior claridad y fuerza.

Sobre los discursos de esta época haré unas pocas observaciones generales, antes de puntualizar algunos detalles. Es sabido que Magnasco tuvo al final de su vida reputación de gran juriscónsulto, cuyo consejo era buscado por los litigantes en las causas más célebres del foro. Sin embargo sus oraciones de fines de siglo no descuellan por la luz que arrojan sobre las cuestiones de derecho implícitas en los asuntos, sino más bien por los arrebatos de pasión, las vistas deslumbrantes acerca de la historia, en la que arrojó su sonda a las aguas más profundas. No se puede comparar con Estanislao Zeballos, Lisandro de la Torre, ni sobre todo con Indalecio Gómez, el mejor de ellos, en materia constitucional. Estos parangones de la oratoria parlamentaria argentina (me refiero a la época inmediatamente contemporánea, no a nuestros clásicos del género) agotan el tema político que tratan. El Magnasco de esta época finisecular no hacía más que desflorarlos.

Por el contrario los supera en intuición del pasado y justificadas inquietudes acerca del porvenir. Hablando de Rosas, p.e. dijo: "Creemos que si la tiranía no se produce, la unión se habría retardado considerablemente; creemos que habría surgido otra vez un semillero de republiquetas pretenciosas", palabras que anticipan en síntesis la tesis central de la escuela revisionista, aunque todo el resto de su trabajo estuviese enderezado a desmenuzar el libro de Saldías, uno de los que iniciaron la revisión. De Mitre dijo con acierto en 1888: "ni organizó federativamente la nación ni la influencia de un hombre puede ser jamás, mayor, más poderosa y decisiva que la de 50 años

de incesantes esfuerzos de tentativas generosas aunque inexpertas y de decisión inquebrantable y patriótica". La conmoción del noventa le hizo entrever abismos, donde hasta entonces era general ver una superficie brillante y lisa. Y habló varias veces de la "malsana atmósfera política", en la cual los dirigentes buscaban en medio del desastre público el interés personal o de partido. Esbozó un *mea culpa*, al que invitaba a sus colegas, para sufrir "las responsabilidades de nuestra propia conducta en el pasado", como dijo. Lo angustiaba el desaprovechamiento de las rudas lecciones sufridas y en un momento que depone toda crítica para facilitar la tarea de Pellegrini, exclama como en un grito desesperado: "algo tengo derecho a exigir de los presidentes argentinos: ¡el sentimiento del amor a este país en naufragio!" Sobre las corruptelas políticas de 40 años de régimen llamado constitucional dice: "Las intervenciones en esta tierra, señores, han sido invariablemente decretadas con uno de estos dos fines, o para ahogar una influencia o para restablecerla, o para levantar un gobierno local que garantice la situación doméstica al ejecutivo nacional, o para derrocar un gobierno local desafecto a la política del central". Califica de corruptora la influencia de nuestros partidos, que llama embrionarios. En uno de sus mejores movimientos oratorios, dice que los despotismos provinciales no tenían "interregnos consoladores, como los de Marco Aurelio y Antonino Pío en la Roma de los Césares, pues en las tierras de nuestro interior hace mucho tiempo que no se ven claridades de libertad"; "desde Mitre hasta Pellegrini, aquel pobre pueblo ha tenido que revolverse desesperadamente en las angustias de un dolor sin remedio con el sólo recurso de hacernos llegar de vez en cuando el eco doloroso de sus quejas". "Gobiernos de nepotismo, gobiernos de familia, sustitución de la autoridad del pueblo por el capricho de los gobernantes, anulación de toda ambición legítima, reparto de las utilidades del gobierno como si se tratara de los dividendos de una sociedad mercantil". "Y esto que ha venido sucediendo en Santiago del Estero (cuya situación se trata), como en algunas otras provincias, durante tantas administraciones, no es ya sólo un crimen contra la constitución argentina, porque es un crimen de lesa civilización".

Estas amargas confesiones, no las formulaba

para denunciar el régimen a que pertenecía, ni justificar las violentas resistencias que provocaba. Como político, más que intelectual, allá en sus adentros se reservaba tal vez para aprovechar una ocasión de probarse la mano, como la tuvo. En estos dolientes discursos dice no querer culpar a nadie, y pide se dé tiempo a esos gobiernos poco recomendables para que se desbraven, y se convengan de que son efímeros. “¡Qué cosa más fugaz y pasajera que el gobierno, señor presidente! ¡Es más fugaz y pasajera que la vida misma! ¡Cuánto han gobernado los hombres?... ¡Cuánto gobiernan?... Don Justo gobernó de 8 a 9 años; ¡el canto del gallo bíblico! Mitre gobernó 7 años; Sarmiento, Avellaneda y Roca 6 años; Juárez 4; Pellegrini 2. ¡Qué cosa más fugaz y pasajera que el gobierno!...” El movimiento oratorio es bellísimo. Pero sólo a condición de no pararnos a reajustar los números de su aritmética, ni la escala que usa. Claro está que esos personalismos prolongados son fugaces y efímeros medidos en pers-

pectiva de eternidad. Pero los pueblos que los sufren no pueden mirarlos bajo ese punto de vista sideral. No era cierto que don Justo, como decía, hubiese gobernado menos de una década; treinta años de gobierno provincial o nacional, y cuarenta y cinco de influencia en el Estado, habían hecho intolerable su inamovilidad en las posiciones públicas, incluso para sus allegados, como a él le resultaron insoportables los 20 años de Rosas. Cuanto a Roca y Mitre, las cuentas son revisables y serían revisadas por el futuro. El primero volvió al gobierno, y lo llamó a colaborar, para abandonarlo a la menor dificultad cuando parecía dispuesto a sostenerlo contra viento y marea. El segundo tuvo a diez años de distancia poder suficiente para cortar definitivamente la carrera de quien ahora era tan generoso en juzgar su personalismo. Conste que no niego la obra positiva de ninguno de los tres: el principado de Urquiza en Entre Ríos, la conquista del desierto por Roca, la obra histórica de Mitre.

UN PROYECTO RACIONAL PARA REFORMA DE LA ENSEÑANZA

El final de este debate sobre la intervención a Santiago en 1892, en el que indudablemente Magnasco cifraba esperanzas para su prestigio, y fue comentado en la conferencia de Arigós de Elía, nos lleva de la mano al más célebre sobre la reforma de la enseñanza.

Las últimas palabras de su exposición en el caso fueron para decir que esa tarde fue al Congreso a librar una batalla por las provincias: “Por que, dijo, lo que se está perfilando y me temo mucho que suceda, es que los hombres arrastrados, señor presidente, por corrientes históricas conocidas, me temo —Dios quiera que me equivoque— levanten de nuevo aquella vieja tendencia de otros tiempos, que tantos dolores nos cuestan: del gobierno de Buenos Aires sobre el gobierno de las 14 provincias... El P. E. el gabinete no es solamente un ejecutivo y un gabinete reclutado en Buenos Aires, casi exclusivamente en Buenos Aires, sino un ejecutivo y un gabinete (de) barrio”. Aludía a Quintana y otros mitristas que parecían prevalecer (en el complejo gobierno de Luis Sáenz Peña, surgido del *famoso acuerdo*), sobre los roquistas, entre los que Magnasco quedó ubicado definitivamente.

Pero si al ocurrir lo contrario, y preponderar sus correligionarios con el advenimiento de José Evaristo Uriburu, creyó que Roca era menos centralista que Mitre, iba a experimentar personalmente la fragilidad de esa posición, cuando el *acuerdo* hizo crisis al renunciar Magnasco. Pero no anticipemos. Y detengámonos en el último momento de su carrera pública, cuando dibujó como estrella fugaz que cae en el crepúsculo vespertino, una estela luminosa que todavía recordamos.

Con la misma falta de sistema con que el general había llamado en 1880 como su primer mis-

tro de educación y justicia al católico Pizarro, para en seguida dejarlo al ateo y anticlerical Wilde hacer las leyes laicas, Roca incorporó en su gabinete de consolidación del régimen de su hechura, al joven y talentoso partidario menos indicado para ese propósito. Como hemos visto Magnasco era el dirigente liberal que tenía enfoques más revolucionarios, en la acepción intelectual de la palabra. Por añadidura era el más consumado humanista del régimen. ¿Cómo podía ser llamado a continuar la obra de los jóvenes escépticos que habían dado el tono a su primera administración?

Sea lo que fuere, Magnasco proyectó para la enseñanza secundaria una reforma de fondo, que era una verdadera revolución copernicana. Para un país formado por el iluminismo abstracto, de cultura enciclopédica a la francesa, persuadido por sus llamados organizadores de que era inapto por herencia de sangre para la vida moderna, y de que su salvación estaba en el cultivo del saber universal, sin relación con *su realidad práctica*, que debían manejar los europeos, más civilizados, Magnasco proyectó cambios tendientes a preparar argentinos capaces de manejar sus intereses concretos, y a ese fin la devolución de los institutos educacionales a las provincias, según lo aconsejaba la tradición, como el medio indicado para retomar contacto, como Anteo, con la tierra madre que debíamos fecundar para que fuera más nutritiva. La oposición hallada por el intento debió resultar sorprendente. Yo sospecho que aún para el mismo Magnasco. Pues todo el sistema a que él pertenecía estaba en el polo opuesto.

Para mal de sus pecados el impugnador que le salió al paso estaba hecho a su medida. Era Alejandro Carbó uno de los entrerrianos más talentosos de que haya memoria. Recuerdo que mi padre

me llevó a oírlo en el frontón durante la campaña electoral de 1916 cuando la fórmula radical Yrigoyen-Luna enfrentó a de La Torre-Carbó. Conser la imagen que conservo de su bella apostura, de su dicción incomparable, de su voz atiplada —mi mejor recuerdo de la oratoria escuchada en mi juventud— cuando pude oír a Lugones y Roldán, la impresión que dejan sus escritos supera todo lo que la reflexión puede agregar al registro impreso de un gran discurso. Con una habilidad digna del Fox joven, dice que la opinión (alegada por el ministro en favor de la reforma) no tenía mejor medio de expresión que la cámara. Argumenta que el humanismo debe ser base del tecnicismo, y repite el dicho de Lord Roseberry, sobre la inferioridad de la enseñanza británica, debida a que los jóvenes ingleses salían de las escuelas técnicas a la edad en que los jóvenes alemanes

ingresaban en ellas, previa adquisición de una cultura enciclopédica. Pero la conclusión que sacaba de una premisa cierta, era falsa. Pues donde el estadista británico aconsejaba perfeccionar lo que Inglaterra tenía, Carbó trabajaba para que la Argentina no adquiriese lo que le faltaba. Apelaba a la peor demagogia igualitaria para rechazar la enseñanza técnica, so pretexto de que un país democrático no podía diferenciar el tipo de enseñanzas, mientras sostenía que la existente era la mejor para la formación del perfecto ciudadano. Pero lo que más llama la atención es que mientras el representante de una provincia pedía que el manejo de la enseñanza secundaria quedara en manos de la nación, el ministro del P. E. nacional quería devolvérselo a las provincias. A cincuenta y tantos años de distancia, el país sufre aún la derrota experimentada por Magnasco.

VIOLENTA REACCION LIBERAL Y CAIDA DE MAGNASCO

La Cámara de Diputados rechazó su proyecto, aunque sin proponer nada en lugar de la iniciativa rechazada. En consecuencia, el ministro de Educación y Justicia, con apoyo del presidente de la República, que no tenemos por qué sospechar de vacilante, persistieron en sus propósitos de reformar la enseñanza secundaria en el sentido rechazado por la rama del Congreso que había tratado la iniciativa. Indudablemente, ni el Jefe del Estado ni su secretario en el departamento de Educación habían calculado bien las fuerzas que desafiaban. La grita contra la aplicación del proyecto Magnasco alcanzó un nivel desproporcionado, con los factores ponderables del problema.

El escándalo fue calificado por el propio Magnasco, como “una de las más intensas, de las más injustas, de las más brutales oposiciones que en estas materias hayan podido sufrir un gobierno y un ministro por su intento de escarbar en el espeso aluvión de la rutina”. Un diputado acusó al P. E. de violar la Constitución, por entrometerse sin autorización legislativa en una materia que según él era privativa del Congreso. “Un diario amigo, que, no obstante las disidencias que han podido separarnos... ha de hallarse por siempre vinculado a mis afectos y a mi gratitud por razones que son del dominio confidencial de la amistad y del dolor”, exige extorsivamente su renuncia, amenazándolo con un incidente personal. Ese y otros diarios interrumpen su culta tradición, y rompen la tregua de Semana Santa, para “zaherir implacablemente a un ministro”. Magnasco se acerca a Mitre, en busca de una explicación posible. Y el anciano patriarca le contesta que sus instrucciones eran de “propiciar su obra como se merecía”, pese a las disidencias, y que su joven amigo era “el ministro actual que con más pasión se ha ocupado en llenar el cuadro de sus deberes, persiguiendo un ideal y buscando un resultado

inspirado en el anhelo del progreso de la educación”. El interpelado lee estas palabras de Mitre, y luego rechaza el argumento del interpelante sobre una supuesta violación constitucional por insistir en sus planes después que se los había rechazado la cámara, con una admirable exposición de los antecedentes nacionales. Estos constituían, según Magnasco, una *consuetudo*, de la que resultaba que pese a la atribución que la carta magna daba al Congreso en la materia, a lo largo de la historia siempre habían sido los ejecutivos, desde Moreno y Agüero bajo Rivadavia, hasta los más recientes ministros de educación, quienes habían creado todas las escuelas e institutos educacionales y reglamentado la educación con proyectos de ley o decretos reglamentarios. Y que esa legislación supletoria, a falta de acción por parte de asambleas y congresos, no podía ser abandonada racionalmente, cuando la reforma era tan urgente que el clamor popular la reclamaba hacía tiempo y la crisis había llegado a la anarquía. Fue su último triunfo parlamentario.

Pero la grita, y el escándalo de la oposición continuaron. Magnasco había insinuado en ese discurso que la campaña no era movida por “simples intereses de la educación” de ciencia o de administración, diciendo que “el ministro por fortuna, ya está cerca de los cuarenta para creer candorosamente que el mar es sólo su superficie”, sin aclarar la alusión. Imitemos su prudencia para no turbar este ambiente académico con un debate sobre las fuerzas invisibles y ajenas que traban nuestro desarrollo, ahora como entonces. Bástenos señalar la similitud de las situaciones entre ayer y hoy.

Como la víctima señalada hubiese dicho y repetido que no renunciaría, y acusado de suicidas a quienes se empeñaban en destruir los valores nuevos, anunciando un peligro que vio nuestro tiem-

HISTORIA ARGENTINA E
HISPANOAMERICANA

POLITICA ARGENTINA E
HISPANOAMERICANA

LITERATURA ARGENTINA E
HISPANOAMERICANA

Solicite sin cargo, nuestros catálogos

Importación y exportación

LIBRERIA HUEMUL

Avda. Santa Fe 2237 T. E. 83-1666
Buenos Aires

po, con el triunfo de los peores, el mismo diario del "glorioso amigo de mi padre", como dijo Magnasco, ejecutó la extorsiva amenaza anunciada, denunciando que el ministro había dejado impaga una de varias cuentas por muebles encargados para su casa particular en los talleres de la penitenciaría. Era por unos miserables cientos de pesos. A los promotores del escándalo, no les importaba la insignificancia del motivo porque sabían como don Basilio que de la calumnia algo siempre queda. De las explicaciones de Magnasco resulta evidente la trampa que se le tendió. El personal de la cárcel enteróse desde la entrada del nuevo ministro al gabinete en 1898, que meditaba reformas que implicaban remociones, del director abajo, de funcionarios incompetentes, responsables de un deplorable estado de cosas en el penal. Luego de ponderarle los trabajos de sus pupilos, y tentarlo a que se encargara un escritorio, el Director le había dado recibos en los que constaba el pago con los fondos personales del ministro. Pero al segundo o tercer encargo, le mandó las cuentas entre la montaña de resoluciones y decretos que a diario van a despacho en todo departamento público y que ningún titular responsable puede controlar si falta un mínimo de buena fe entre los subalternos. Y así aparecieron muebles de dormitorio para la casa de Magnasco, pagados con fondos oficiales por orden autorizada con la rúbrica del ministro. Después de lo que hemos visto en nuestro tiempo, y el auge de los que vendieron a la Cade la prórroga de su concesión, o de los gobernantes cómodamente instalados en la infamia de la econo-

mía dirigida, perfecto sistema de enriquecimiento sin causa, que en un ambiente para el cual toda propiedad legítima y sancionada por la prescripción, es un robo (como decía el comunista Proudhon) hace del robo la única propiedad legítima e intangible en medio de las más sangrientas revoluciones después de eso nos cuesta reprimir la indignación que nos causa la mancha arrojada a la reputación de nuestro gran conciudadano.

Magnasco inició el debate seguro del apoyo del presidente. Pues anunció de entrada que no lo harían renunciar con la extorsión. Pero a los pocos días era dimitente. Y eso no podía deberse, sino a que Roca no le habrá cumplido lo que le prometiera. Para descargo del presidente hay que reconocer que por lo menos en un punto, Magnasco faltó a la prudencia, ya que las circunstancias eran críticas para el gobierno de que formaba parte. Dejó escapar hirientes palabras contra Mitre, para explicar la saña con que lo perseguían los hombres, dijo, "que acaudilla el que fuera glorioso amigo de mi padre. Quizá haya llegado a oídos del señor general mi desafecto por la ceremonia de su deificación. Quizás, señor; yo profeso principios republicanos, por lo menos trato de ajustar a ellos mi conducta. Puede que haya también llegado a sus oídos la frase acaso festiva —que me debía disculpar y que puedo repetir porque no hablo en nombre del poder ejecutivo— después de esa ceremonia, tendremos que llamarlo como a los emperadores romanos: Divus Aurelius, Divi fratres Antonini... Divus Bartholus".

Eran los días del jubileo de Mitre al cumplirse sus ochenta años. El desborde idolátrico desatado en torno al prócer debía ser para la gente digna una prueba como las que nosotros sufrimos. Comprendemos la reacción de Magnasco, por lo que experimentamos personalmente. Pero su frase, repetida en el Congreso, pese a escudarse en que no hablaba en nombre del gobierno, estaba de más. Si ella provocó su caída, costó más de lo que valía. Por otro lado Roca atravesaba el momento más difícil de su segunda administración, cuando el proyecto de Pellegrini para la unificación de la deuda, que hipotecaba las rentas de aduana para garantizar un nuevo empréstito que englobaría todos los anteriores, había despertado en el país una resistencia de la que ya no se le creía capaz. Si en tales circunstancias el presidente sacrificó a Magnasco para no perder el apoyo de Mitre en el precario *acuerdo*, o quiso arrojar lastre en instrucción pública para salvar su cargamento en el ministerio de hacienda, de poco le sirvió, pues al otro día de renunciar Magnasco las casas de Roca, Pellegrini y otros prohombres del régimen, eran apedreadas, y el P. E. debió retirar el proyecto de unificación que el Congreso ya había comenzado a tratar. La caída de los financistas oficiales era una victoria del país, pero la del reformador de la enseñanza una derrota mayor. Pues los desastres de la economía son más fácilmente reparables que las lesiones inferidas al espíritu de una nación. Y el de la nuestra aún sufre los males que Magnasco intentó curar.

Francisco J. Muñoz Azpiri y lo porteño

Por LUIS SOLER CAÑAS

EN la primera sesión de la Academia Porteña del Lunfardo que siguió a la llorada muerte de Francisco J. Muñoz Azpiri recordé brevemente la personalidad de este escritor de enorme talento que —así lo dije— por esos azares y misterios de la vida se nos fue sin dar antes la medida exacta de sus grandes merecimientos. Pero el homenaje en ese Recinto —tal vez insólito y no soñado por el autor de *La tierra embarcada*— fundamentábase en algo más que en las puras virtudes literarias de quien solamente alcanzó a publicar dos libros, aunque dispersas semillas de su inteligencia sólida, aguzada y profunda hayan quedado sepultadas en diversas colecciones de periódicos.

¿Fue acaso un escritor lunfardo, lunfardista o lunfardizante? Por cierto que no. Pero, hombre de su país y de su tiempo, vital y empeñadamente asido a su tierra, auscultada e interpretada a través de sus signos sensibles o invisibles, no pudo desentenderse de esa realidad nacional inmediata que configuran estas dos palabras —Buenos Aires— con todo su cortejo de implicaciones. Precisamente dedicó algunos de sus más agudos ensayos a la ciudad cosmopolita y su habitante. Y tampoco el lunfardo —no hablo de la estricta jerga criminal, sino del que prefiero llamar popular por contraposición al delictivo (y que tal vez no sea más que el “arrabalero” de que alguna vez habló Borges)— dejó de llamar su atención, no por interés filológico o por mero regodeo de sus sabrosas expresiones, sino por lo que éstas podían dar, traslucir, como señales inequívocas de la psicología porteña, de la manera de ver, entender y vivir el mundo del hombre de Buenos Aires y, si también se quiere, del poblador de las urbes que van creciendo a imagen y semejanza de la metrópoli.

En los años en que Paco Muñoz Azpiri modeló sus formidables intuiciones de lo argentino en difundidas hojas porteñas, desde donde atrajeron la atención sorprendida de ilustres visitantes de la Inteligencia Europea —hablo de casi treinta años atrás—, yo andaba sin duda despistado por otras sirenas. Sólo vagamente recuerdo aquellos artículos. Pero en cambio tengo a la mano los que en días más cercanos —aunque tampoco inmedia-

tos— escribió sobre una serie de dichos porteños que no sólo tienen sabor sino médula: *poner la firma, ser piola, llorar la carta, estar un kilo, ir muerto, dar el dulce, ir a los bifés, tirarse a la pileta, mandarse la parte...*

Algún día habrá que examinar seriamente esta contribución de Paco Muñoz Azpiri a una caracterología porteña que no era, todavía, solicitada por el esnobismo ni utilizada como carnada fácil por estar de moda, sino que respondía indudablemente a una íntima disposición de su espíritu, en vela siempre por aprehender los signos —reitero— sensibles o invisibles de nuestra más honda realidad: ciudad o campo, pasado o presente, literatura o vida...

Reproduzco, sólo a modo de muestra, porque la tarea de espigar resultaría embarazosa, el comienzo del artículo *Hacerse cartel*:

“En un medio donde las categorías y las dimensiones no se dan por signos visibles, sino por un complicado y malicioso sistema de valoraciones, lo de ‘hacerse cartel’ —exponerse, exhibirse, ‘salir al cruce’— es la receta ideal. Esa especie de inveterado ‘vedettismo’ porteño sueña con la expansiva y rozagante materia gráfica del ‘cartel’, porque eso le asegura no sólo la vida sino también la inmortalidad. Hay que conferirle al paso la consistencia de un tránsito, y eso no se consigue sino con una violenta exposición de motivos, con un lanzarse hacia el quicio de la visual, con una propaganda densa y decisiva”.

Que fue un sentidor de lo nuestro, sentidor sin fervores pintoresquistas ni complacencias triviales, lo dice la prosa exacta, ceñida, puntual, con que eligió *La muerte de un jardín* en el antiguo barrio porteño del Socorro, a pocos pasos de donde él vivía en la bohardilla de una torre alzada sobre el río color de león. Doy sus frases finales:

“Y es en la noche, cuando la luz de Buenos Aires ni siquiera puede plasmar una flora feérica y se conforma con un estatismo tubular, mecánico como sus balcones de día; en la noche frustrada como espectáculo y como liberación, cuando con mayor melancolía se advierte la muerte del jardín, aquel sosegado anaquel de sombras, a través de

unas rejas que eran un hito entrañable en los barrios. Nueva York puede ver morir un jardín: monta de inmediato un artesonado espacial, donde rebrotan a una escala fantasmal los árboles de cristal y de luz. Buenos Aires no. Buenos Aires necesita sus últimos jardines, sus insospechados jardines vivos, para plantear el distingo sutil entre ciudad y mero albergue”.

Este sentidor de lo nuestro, que arraigadamente vivió nuestras realidades, las peleó, las hizo suyas, fue desde luego un espíritu universal. Por eso podía radiografiar certeramente, más allá de la carne y la piel, en lo entrañable, la urbe y su hombre y quizás hasta inventar o descubrir el adjetivo “agardelado” con que caracterizó al porteño en tren de “*Hacer pinta*”:

“Todos ustedes evocan ahora a esa figura de muchachón ‘agardelado’, flexible, enhiesto, que está en la esquina del café, mirando el hallazgo que puede depararle una vereda que no ve, por-

que su atención está pendiente de una nada desdenosa. Muchacho u hombre, la figura no tiene edad; es un esquema que usa sombrero o no, con o sin brillo de gominas añejadas, movimiento lento, sacramental, y el casi siseo de un tango, retenido en los dientes como un adhesivo”.

Tal vez algún día estos artículos sean recopilados en volumen. Lo reclaman. Dejo constancia, entretanto, de que se publicaron con seudónimo —Javier Muñoz— hace unos siete años. Quizás al talento no se le prohibía explicitarse pero sonaba a imperdonable pecado o sancionable osadía el exhibir ciertos nombres y apellidos. Lo cual en el caso no importaba demasiado, seguramente, porque al buen catador de prosas el estilo denunciaba ipso facto el escritor y el hombre que estaban detrás. Hay ocultaciones que no pueden ser y ese tipo de policía fracasa aunque, por razones circunstanciales, el presunto damnificado se allane a una supuesta mimesis.

FONDO EDITORIAL

IMPERIALISMOS Y MASONERIA

del Pbro. Virgilio Filippo

Algo nuevo, diferente y documentado de la infiltración masónica en nuestro país.

Introducción: **R. P. Leonardo Castellani.**

Prólogo: **R. P. Julio Meinvielle.**

m\$ n 2.200

POR DIOS Y POR LA PATRIA

de Eduardo A. Escudé

Un estudio profundo, actual y revolucionario de Organización Nacional.

m\$ n 800

COMLOT CONTRA LA IGLESIA

de Maurice Pinay

Traducida del francés por el Dr. Luis González

Obra SENSACIONAL que fue distribuida en el Concilio Vaticano II a todos los Cardenales, Arzobispos, Obispos y Sacerdotes y que causó conmoción.

Obra en 2 tomos.

m\$ n. 2.000

LOS DEICIDAS

del Pbro. Dr. David Núñez

Con argumentos irrefutables, el autor aplica el título de DEICIDAS a los judíos, basado en la verdad y severidad histórico-teológica.

m\$ n. 500

De próxima aparición:

LOS QUE TIENEN LAS ARMAS

de Ricardo J. Calvo

El primer libro de sociología militar en el país.

Cheque o giro a:

EDITORIAL

ORGANIZACION SAN JOSE S. R. L.

ALSINA 1760

CAPITAL FEDERAL

T. E. 46 -2107

o en las buenas librerías

Hernández y los hijos del país

Por FERMÍN CHÁVEZ

EN declaraciones hechas a la prensa de Córdoba, el 12 de julio, Jorge Luis Borges volvió a las andadas con respecto al *Martín Fierro* y a José Hernández al retomar su vieja tesis de que el protagonista del poema gaucho es un mero cuchillero de 1870. “Desgraciadamente —dijo— el *Martín Fierro* es un elemento fundamental en la literatura argentina. No creo que su influjo haya sido bueno ni que convenga a la historia de este país un gaucho malo. El libro canónico debiera ser, por ejemplo, el *Facundo*. Eso no quiere decir que *Martín Fierro* no deba valorarse estéticamente, pero debemos verlo simplemente como a un personaje de ficción”. Borges no puede ignorar lo que Hernández explicita en su poema: que *Martín Fierro* “pasa por gaucho malo”; que a *Martín Fierro* “la gente lo tiene por un bandido”. Lo que a Borges le molesta es el contenido popular, la contienda social planteada por Hernández, la defensa de los hijos del país que el poema formula.

Entre Hernández y Ascasubi, Borges se queda con el segundo. Es lógico, “Córdoba —añadió— por intermedio de Hilarrio Ascasubi, ha dicho las mismas cosas que Hernández y mucho mejor”. Es una flagrante inexactitud de Borges. Jamás el unitario Ascasubi dijo ni hizo las mismas cosas que Hernández. Por el contrario, su enfrentamiento político social es notorio. Mientras Hernández salió a defender a los hijos del país, Ascasubi andaba por Europa en procura de “gringos enganchaos”, por mandato de Mitre, para el ejército liberal. No es tampoco por pura casualidad que el batallón de los hermanos José y Rafael Hernández tomara prisionero en Cepeda a Américo Ascasubi, alistado en las fuerzas mitristas. Las diferencias eran sustanciales, como vemos.

Dos ideas sociales contrapuestas dominan todo el proceso cultural y político de la Argentina, en el siglo pasado, a partir de la irrupción rivadaviana. Una, apenas intuita y ya firmemente aceptada por el pueblo, se define por su identificación con la tierra y con el hombre americano; la otra,

influida por el racionalismo y el iluminismo, se vierte sobre el país como un ánfora espuria de cultura, desbordante de maniqueísmo. La primera se alimenta del genio nativo, de lo *facúndico* que imprime sello peculiar a nuestra fisonomía, como dice bien Saúl Taborda. La segunda se proyecta, bajo consignas de verdadero genocidio, levantando banderas de civilización e invirtiendo el viejo concepto griego de barbarie.

Dos hombres simbolizan, a mediados del siglo, esas dos ideas contrapuestas del país: José Hernández y Domingo Faustino Sarmiento.

A la consigna sarmientina genocida de “no hay que economizar sangre de gauchos”, Hernández opondrá, siempre, la que condensó en esos versos memorables que dicen: “Que no tiene patriotismo / Quien no cuida al compatriota”. Y si Sarmiento califica a los gauchos de “chusma de haraganes” y a su sangre, de “un abono que es preciso hacer útil al país”, Hernández se convierte en el primer abogado de su raza y en el más tremendo acusador de quienes, sin digerir lecturas europeas, terminan siendo aliados de las metrópolis antinacionales.

En plena euforia de la inmigración, el poeta gaucho se acordaría de los hijos del país, hasta el punto de que las páginas de su principal periódico —*El Río de la Plata*— se convertirían en fervientes alegatos contra el menosprecio oficial del criollo. Aun más: construiría, con el *Martín Fierro*, un monumento literario en el que reflejó las rebeliones del argentino, obligado a convertirse en gaucho matrero por los nuevos dueños de la tierra y de la economía nacional. Conjuntamente con su hermano Rafael y con su cuñado Andrés González del Solar, rebatirán los dogmas europeístas en vías de ser oficializado y se identificarán, de palabra y de hecho, con la causa de quienes, marginados por las leyes del capitalismo, buscaban refugio en las tollerías del salvaje, ya que, infierno por infierno, preferían el de la indiada.

José Hernández tituló uno de los capítulos finales de su libro *Instrucción del Estanciero*, con

estas palabras que son toda una definición: *Formación de colonias con hijos del país*. Y este texto, escrito en 1881, atestigua con claridad meridiana la continuidad de sus puntos de vista, ya formulados en sus artículos periodísticos de 1869, bajo títulos tan decisivos como "La división de la tierra", "Hijos y entenados" y "Los inmigrantes y los hijos del país".

En este capítulo de su estanciero práctico, el abogado de los gauchos matreros se pregunta: "¿Qué hace el hijo de la campaña que no tiene campo, que no tiene dónde hacer su rancho, que no tiene trabajo durante muchos meses al año y que se ve frente a frente con una familia sumida en la miseria?" Él mismo dará la respuesta, poco más adelante: "Es necesario, como único, como mejor y más eficaz remedio a todos los males, fundar colonias agrícolas con hijos del país".

Después de declarar bienvenidos a los colonos extranjeros, Hernández expresa, con coraje civil y sin rodeos, su pensamiento en materia de colonización. He aquí sus palabras:

Pero, si el país necesita la introducción del elemento europeo, necesita también y con urgencia, la fundación de colonias agrícolas, con elementos nacionales.

La provincia posee tierras excelentes para este objeto; y si no las tiene en parajes adecuados, debe adquirirlas. para lo cual tiene la facultad y los medios de hacerlo.

Cuatro o seis colonias de hijos del país, harían más beneficios, producirían mejores resultados que el mejor régimen policial, y que las más severas disposiciones contra lo que se ha dado en clasificar de vagancia.

Tenemos el ejemplo con lo que ha pasado en "San Carlos", partido de Bolívar.

En 1877 se dio la ley, con el objeto de donar chacras en aquel paraje, puramente a los hijos del país, y en 1878 se fundó el pueblo por el agrimensor Hernández.

A pesar de los sucesos políticos, que han interrumpido la marcha de la administración, "San Carlos" fundado todo con hijos del país, tiene actualmente más de cien casas; más de doscientas chacras pobladas y cultivadas con grandes sementeras de maíz, trigo y otros cereales; más de cuarenta mil árboles de todas clases; mucha hacienda de toda especie, y una población activa y laboriosa de cerca de tres mil argentinos.

Eso es, lo que indispensablemente debe reproducirse en otros puntos de la provincia 1.

Contra la filosofía importada de menosprecio al nativo, que no haría otra cosa que mutilar a la nación, física y espiritualmente, Hernández, desconfiando de "una doctrina cuyos prestigios derivan de su perfección racional"², proponía su propia fórmula, que era la del país, sin concesiones a las poderosas fuerzas espurias. Y decía:

Muchos, muchísimos hijos del país, que carecen hasta de lo más indispensable para su subsistencia y la de sus hijos, aceptarían con la mejor voluntad la provechosa oferta; porque el vicio, la holgazanería, no son dominantes en el país, ni constituyen el carácter de los hijos de la tierra; son accidentales, son impuestos por circunstancias que no está en su mano remediar pero existe en todos el amor al trabajo, el deseo del bienestar, el anhelo por la comodidad de la familia.

Estamos ciertos que las colonias de hijos del país,

darían resultados espléndidos, produciendo tan grandes beneficios, y a tanto número de personas, que es difícil calcularlo de antemano 3.

¡Qué lejos están estas ideas de los conocidos anatemas que la escuela de estirpe sarmientina arroja sobre la raza de los gauchos! Y que lejos de la "guerra de policía" ideada por el mitrismo.

Digamos ya que José Hernández no estuvo solo en esa posición de combate por los valores del genio nativo. Porque tuvo notables compañías en la lid con los civilizadores del remington y del cepo colombiano. Hemos nombrado a su hermano Rafael y su cuñado Andrés González del Solar, y de ellos vamos a ocuparnos en seguida.

Andrés González del Solar, hombre del partido Federal Reformista y colaborador de *El Argentino*, de Paraná (en 1863) había nacido en Buenos Aires, en 1838, y falleció en 1893. Después de 1853, debió emigrar a Entre Ríos, igual que sus hermanos, y en Paraná escribió en el periódico *La Luz*, fundado por Fermín de Irigoyen—hermano de don Bernardo—. Posteriormente, colaboró en *La Soberanía del Pueblo*, de Monguillot: *El Litoral*, de Carriego, y *El Paraná*, del cordobés Ocampo. Años más tarde, se radicó en la ciudad de Rosario, donde actuaron también sus hermanos.

Semanas antes de la aparición de *El gaucho Martín Fierro*, el cuñado de Hernández pronunció, en la Biblioteca Popular de Rosario, una notable conferencia sobre "El gaucho. Consideraciones sobre su condición actual. Medios de perfeccionamiento de nuestro gaucho". González del Solar decía: "Si se me dice que la indolencia habitual del gaucho dé un estorbo para llevar al terreno práctico las teorías que los norteamericanos convierten en bellas obras, yo contestaré que esa indolencia es precisamente la manifestación de la ignorancia, no la expresión ingénita de su índole, y que por consecuencia desaparecerá con la dignificación del individuo"³.

Después de afirmar que los colonos de América del Norte no eran más aptos que nuestros gauchos, el conferencista reiteraba la necesidad de esa dignificación del criollo, expresando: "Lo que necesitamos es predicar, influir en el ánimo del gaucho, alentarlos incesantemente, en el campo, en las ciudades, en la familia, en la prensa y decirle: reuníos, promoved suscripciones, os ayudaremos: instruíos, por fin, que es el único camino para llegar a ser respetados, felices y ricos". González del Solar terminaba diciendo: "Otros vendrán a fecundizar esta semilla, y es necesario que vengan, sean o no doctores, sean o no literatos; basta que sean hombres libres, y completarán la obra que yo inicio con fe, para perfeccionar la condición de ese tipo inteligente y de valor homérico que en nuestras glorias y en nuestros infortunios ha sido estereotipado con los vicios y virtudes de su vida y condiciones denominándose siempre el gaucho".

También Andrés González del Solar, a la filosofía de exterminio oponía una filosofía de dignificación y de perfeccionamiento.

Y en esta misma empresa de defensa del criollo perseguido, marginado y menospreciado, encontramos al agrimensor y guerrillero Rafael Hernández (1840-1903), el hermano menor de José.

Fue Rafael un hombre de empresas nacionales sin parangón entre sus contemporáneos y, sin lugar a dudas, representa, para nosotros los argentinos, el arquetipo del civilizador que no reniega de su pueblo ni de su raza. Y porque compartía las desgracias y las venturas de su pueblo, no tuvo empacho en proclamarse gaucho "por asimilación".

Después de la campaña militar de 1868, que hizo en los ejércitos de Nicanor Cáceres y de López Jordán —en lucha con los revolucionarios mitristas de Corrientes—, quedó estrechamente vinculado con el norte entrerriano. Y así, a principios de 1870, lo encontramos empeñado en llevar adelante una singular empresa de progreso, como era la canalización del río Feliciano, en el departamento entrerriano de La Paz.

El diario *La Prensa*, de Buenos Aires, en su edición del 23 de febrero de 1870, nos ofrece, con el título de *Importante empresa*, la siguiente noticia:

La prensa de esta ciudad se ha ocupado ya, aunque ligeramente, de la empresa proyectada en la Provincia de Entre Ríos por el coronel D. Antonio E. Berón e hijos y el comandante D. Rafael Hernández, quienes tenían el proyecto de hacer navegable el arroyo "Feliciano", que partiendo del Río Paraná se interna en la Provincia dividiendo el rico Departamento de La Paz.

El comandante Hernández ha bajado a Buenos Aires con el fin de presentar al Gobierno las bases bajo las cuales se compromete a hacer dicha navegación y persona respetable que las ha visto, nos asegura que no puede menos de ser aceptadas de plano, pues no hay para el Gobierno gravamen de ningún género, mientras que se compromete a realizar un gran pensamiento de grandeza y progreso para la rica provincia de Entre Ríos.

Protéjase el Comercio, la Industria y las empresas de este género, y lograremos concluir con el caudillaje y las guerras de partidos, más rápida y seguramente que empleando ejércitos y derramando a torrentes los tesoros y la sangre del pueblo.

La revolución entrerriana que sobrevino impidió la materialización de este proyecto, pero el mismo representa un importante antecedente en esa vida llena de iniciativas cual fue la del hermano menor de Martín Fierro.

En la primera quincena de junio de 1876, siendo ya diputado autonomista en la provincia de Buenos Aires, tuvo parte preponderante en un proyecto de colonización de las fronteras bonaerenses que firmó junto con Adolfo Saldías y otros legisladores, según nos informa el diario *El Nacional*, en su edición del 9 de junio de dicho año. Dos años después, fundaría San Carlos de Bolívar, y en 1888, la colonia Nueva Plata, a tres leguas de Pehuajó. En Misiones, enviado por Roca en el año 1883, mensuraría las chacras de Santa Ana y Candelaria, y escribiría sus jugosas y valiosas *Cartas Misioneras*.

¡NOVEDAD!

SARMIENTO Y LA USURPACION DEL ESTRECHO DE MAGALLANES

Réplica a las opiniones del Prof. José S. Campobassi, de Pedro de Paoli

Estudio sobre el origen de la disputa secular que la Argentina y Chile mantienen por la posesión del Estrecho de Magallanes y de sus adyacencias.

De las páginas de este libro, podrá el lector apasionado por el pasado nacional extraer hondos motivos de reflexión y claras guías para orientarse en tan arduo campo.

Precio \$ 260.—

EDICIONES THEORIA S. R. L.

Rivadavia 1255, 4º 407

Tel. 38-0131

Buenos Aires

Por supuesto que para Rafael los hijos del país nada tenían que envidiar, como colonos y agricultores, a los extranjeros, en un momento en que la inmigración se realizaba sin método y sin orden, hasta el punto de traer al país gentes que jamás habían practicado la agricultura. En *Justicia Criminal*, ese *Martín Fierro* en prosa de Rafael, el ex-guerrillero de Arroyo Garay expone la capacidad y las aptitudes agrícolas de nuestros criollos; y hablando de un paisano Palavecino expresa lo que sigue: "*Como agricultor pertenece al tipo de aquella falange de paisanos que fundaron Chivilcoy y San Carlos de Bolívar. Con gran sorpresa de los que creían que sólo el europeo era apto para labrar la tierra y prosperar*"¹.

El pensamiento de los hermanos Hernández no conoce rendijas ni averías; es único e indivisible, como su admiración por el gaucho, carne de injusticias y de prejuicios turbios. "*Soy gaucho, y entendantlo*", diría el mayor de los Hernández, al dirigirse a los "letraos", casi al comienzo del Poema: "*Esa colectividad oscura que, acaudillada por mi noble ascendiente Pueyrredón, nació a la vida nacional acuchillando los batallones británicos en los campos de Perdriel, me atrae, me seduce, me electriza y me encadena como si fuese sangre de mi sangre y alma de mi patria*", proclamaría el hermano menor, en horas de indeseable cerrazón, cuando los hijos del país andaban como perro con tramojo, para usar una metáfora genuinamente hernaadiana.

¹ José Hernández, *Instrucción del Estanciero*, Peña-Del Giudice, Buenos Aires, 1953.

² Saúl Taborda, *Investigaciones pedagógicas*, vol. II, Ateneo Filosófico de Córdoba, Córdoba, 1951.

³ José Hernández, op. cit.

⁴ *La Política*, Buenos Aires, 13 de noviembre de 1872.

⁵ Idem, ibidem.

⁶ *La Prensa*, Buenos Aires, 23 de febrero de 1870.

⁷ Reproducido por Osvaldo Guglielmino, en *Rafael Hernández, el hermano menor de Martín Fierro*, Buenos Aires.

Los Nacionales

EL PADRE LUIS GOROSITO HEREDIA; conocido en otro tiempo por su seudónimo de Nice Lotus, es un poeta de una vastísima obra, al que Cansinos Assens juzga "dotado de esa gran voz potente e inspirada que hoy se echa de menos y que es la voz de la epopeya antigua, única que podría cantar la epopeya moderna tan digna del gran himno". Su primera obra, *Namuncurá*, data de 1924; la última, *Conocimiento de la tierra*, apareció el año pasado. El presente romance fue escrito hace más de veinte años.

ROMANCE DE SANTOS PEREZ

SANTOS Pérez, Santos Pérez,
Sel de los ojos de sombra,
gaucho de atrás de la sierra,
gaucho y mal hijo de Córdoba.
Qué mal rezaste en Tulumba.
La Virgen no te perdona,
Santos Pérez, Santos Pérez,
el matador de Quiroga.
Allá viene la galera
sucía de polvo y de pólvora.
La muerte va en el estribo
armada de dos pistolas.
Galera olor a naranjas
de Tucumán la remota,
viene por Santiago, llena
de sal y de zarzamora.
Galera de tierra adentro,
herida en cielos de Córdoba,
tumbada en Barranca Yaco
bajo una nube redonda.
Chimangos y jotes negros
la siguen con hambres rojas.
La viudita y la humbuna
de árbol en árbol la lloran.
Frenos de plata encabritan
caballos que el viento cortan.
Sale al paso la partida
con sables y tercerolas.
Eran treinta hombres sin alma
contra una galera sola.
Siendo tantos ya se animan
y uno en el otro se apoyan.
Asomado a la galera
viene Facundo Quiroga
con esa cara de tigre
que era espanto de la Rioja.
Santos Pérez, Santos Pérez,
no retrocedas ahora
que la mirada del tigre
se ha elevado en su persona.
Porque tu barba temblaba

volvióse tu mano loca
y en un ojo del caudillo
saltaste una fuente roja.
Tan traidor como cobarde,
no le diste un cuarto de hora
para ganar sin soldados
las provincias de la Gloria.
Mataste a los postillones
y al negro de la remonta.
No dejaste ni un caballo
que recordase tu historia.
A un niño que te miraba
con ojazos de paloma,
lo degollaste en el suelo
a sable y con mano propia.
Mal gaucho y mal cordobés,
negro de miedo y deshonra,
cómo te queman la mano
cuatro monedas hediondas.
Una partida invisible
y una galera diabólica
te siguen de sueño en sueño,
te llevan de posta en posta.
Los Reinafé te empujaron
al mayor crimen y ahora
gentes de los Reinafé
te buscan en cada loma.
Amalaya te envenenen
el corazón y la copa.
Amalaya te rematen
de una puñalada sola.
Que sea en Barranca Yaco,
que en otro sitio no importa,
donde la tierra está ardida
de lágrimas y amapolas.
Y oigas muriendo el quejido
del niño y de la paloma,
Santos Pérez, Santos Pérez,
el matador de Quiroga.

LUIS GOROSITO HEREDIA.

“Borges es un argentino sin conciencia histórica”

Por VICENTE D. SIERRA

P. — *¿Su enfoque de la Historia Argentina?*

V. S. — “En general, en la Historia de América, como en la Historia Argentina, importa más el desarrollo de los grandes períodos, que el relato de los hechos. Un hecho nunca es histórico por sí mismo, sino por su ubicación dentro de un esquema. Es más fácil la apreciación en la Historia de América, que en la Historia Argentina, por razones simplemente cronológicas. El período hispánico lo vemos con más claridad que el período independiente, por su lejanía”.

“Todo proceso histórico —añade— cuando más alejado tiene más claridad, porque se eliminan los hechos que en el momento de producirse pueden haber parecido trascendentales, característica que pierden en la misma medida que se van alejando de nuestro presente. Es así que en la Historia de América, más que relatar las acciones de los primeros hombres que llegaron al continente, nos interesa considerar lo que nos dejaron como elementos constitutivos de nuestro acervo espiritual”.

GRAVE ERROR

P. — *¿Cree que la Historia Argentina ha sido escrita con autenticidad?*

V. S. — “Lo que llamamos Historia Argentina ha sido escrita como si en un momento de nuestro pasado se hubiera producido una solución de continuidad. La consecuencia de este grave error, porque la historia no se detiene nunca sino que es un engarce permanente de períodos que no pueden ser divididos con un “punto y cuenta nueva”, determina que se constituya en una serie de informaciones sobre hechos que no se enlazan entre sí y no permiten comprender la trascendencia real y efectiva de cada uno de ellos. Para aumento de males, se trata de una historiografía en la que se enlodan a unos personajes y se glorifican a otros, olvidando que el historiador no es juez del pasado sino intérprete y, por serlo, no está auto-

rizado a juicios de valor que respondan como viene ocurriendo, a consideraciones de orden político del presente. La dictadura de Rosas gobernó al país veinte años. Si al historiador no le agradan las dictaduras es un problema personal. Como historiador no puede borrar veinte años de la Historia, sino explicarlos”.

P. — *¿Causa daño esa historiografía a que alude?*

V. S. — “Sí, la causa, porque no permite al ser argentino adquirir una verdadera conciencia de su pasado y, por consiguiente, carece de ella para interpretar su presente y proveer su futuro. Los pueblos sin conciencia histórica no son los pueblos fuertes ni grandes”.

LAS CONSECUENCIAS

P. — *¿A dónde se ha conducido con ese modo de actuar?*

V. S. — “Se ha hecho de la historia una especie de necrópolis de personajes elevados al procerato, dando paso a un patriotismo que sólo se expresa con homenajes a tales personajes prominentes del pasado. La conciencia histórica consiste en formar una tradición que dé lugar a un estilo de vida, que lejos de sumergirnos en la Historia nos libre de su peso, y actúe como elemento creador de futuro, pero dentro del espíritu heredado de la Historia”.

P. — *¿Esa actitud sigue en vigencia?*

V. S. — “El mal consiste en continuar apegados a una historiografía de la escuela liberal, —que tuvo sus grandes maestros en Francia, sobre todo— empeñados en justificar el ingreso de la burguesía como clase gobernante. En nuestro país se tiende a liberalizarlo todo, y así ha fabricado liberales a quienes no tuvieron noción del auténtico ideario liberal. Se escribió Historia para

LIBROS RECIBIDOS

América clavada en mi costado, por Luis Alberto Murray. Ed. Sudestada.

Baring Brothers y la historia política argentina, por Rodolfo Ortega Peña-Eduardo L. Duhalde. Ed. Sudestada.

La Derrota, por Mario Espósito. Sudestada.

El desencuentro argentino, por Dardo Cúneo. Ed. Pleamar.

Palas Atenea: poetas, humanistas y políticos, por Lucio Pabón Núñez. Biblioteca de Autores Nortescandianos.

justificar el régimen político dominante y se la enseña con el mismo objetivo, lo que equivale a que no se enseñe historia, sino que se hace proselitismo político”.

REPLICA

P. — *No hace mucho, en nuestra ciudad, el escritor Jorge Luis Borges dijo que “hubiese sido mejor si hubiéramos elegido, en lugar del Martín Fierro”, como libro canónico, el “Facundo”. Además, señaló que “nuestra cultura es nueva”. ¿Cree que es así?*

V. S. — “Esta opinión de Borges confirma lo que he dicho antes, que es un argentino sin conciencia histórica. Baste considerar la posibilidad de que el país tiene una cultura nueva, expresión que constituye un barbarismo cultural e histórico”. Y agregó con vehemencia el profesor Sierra: “El Martín Fierro y el Facundo no fueron escritos por razones estéticas, sino que ambos son escritos políticos. Sarmiento dijo en carta al General Paz que el “Facundo” estaba escrito con “mentiras a designio” y destinado a un propósito político como era destruir a Rosas. Hacer del “Facundo” una obra literaria es una de esas

‘mentiras a designio’ que han manejado los muchos Borges que el país ha padecido”.

Sostuvo el profesor Sierra que “Martín Fierro es un símbolo, no es un gaucho malo ni bueno; Martín Fierro es el pueblo argentino que sacado de su tradición, de su realidad nacional, de su cultura heredada añora un pasado perdido y sueña con la posibilidad de su regreso cuando un día llegue un criollo a mandar en esta tierra. Tampoco fue escrito por razones literarias. Fue como el despertar de una conciencia nacional y tan grande es su trascendencia que pocos son los que no saben alguno de sus versos, así como pocos son los que recitan un párrafo de “Facundo”.

UNIVERSALIDAD

El profesor Sierra comenta las palabras de Borges, que manifestó en reciente entrevista en esta capital: “De algún modo sentimos que nuestra patria es el universo”, y subraya: “Quién mucho abarca poco aprieta”. Si nuestra Patria es el Universo y por eso “pueden interesarnos muchas cosas”, se debe a que no tenemos Patria en el sentido profundo del concepto y por consiguiente no podemos crear ninguna de esas “muchas cosas” a que alude Borges y que han sido creadas por otros pueblos que se conforman con ser “Patria y no aspiran a ser universos”.

P. — *¿Por qué sus libros, profesor Sierra, se comentan y son elogiados más en el extranjero que en la Argentina?*

V. S. — “En fin, cierto resulta aquello de que ‘nadie es profeta en su tierra’. Pero sobre todo, en mi caso, porque en nuestro país la cultura está un poco acaparada por grupos que se autoelogian entre sí y no admiten que alguien pueda tener talento sin pedirles permiso. No hay que afligirse. El día que Dios me llame consigo, como ya no habrá peligro que escriba otro libro, no sería extraño que hasta me hicieran académico post-mortem”.

EN la edición del diario “Los Principios”, de Córdoba, correspondiente al viernes 19 de julio de 1968, se publicó el reportaje que reproducimos más arriba. Su texto venía precedido de la siguiente noticia sobre su autor:

“El profesor Vicente D. Sierra está en nuestra ciudad. Ha venido a dictar un curso sobre ‘Introducción a la Historia de América’. Su palabra ha concitado extraordinaria expectativa. Es un disertante de penetración en los temas, de palabra briosa y de ideas claras. Su personalidad está reflejada allí como en sus numerosos libros. Entre éstos ‘El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires’, ‘Historia de las ideas políticas en la Argentina’, ‘Así se hizo América’, y, sobre todo, su monumental ‘Historia de la Argentina’, de la que van publicados varios tomos, en un esfuerzo personal que no había sido intentado y que ha encontrado gran resonancia, por la apertura que señala para muchos temas que fueron hasta ahora mirados desde otros ángulos en la Historia Argentina. Acerca de problemas a ella vinculados, le interrogamos.”

Testimonios

La biografía de Hilario Ascasubi que ofrecemos aquí, escrita por Rafael Hernández, fue incluida por éste en su obra Pehuajó. Nomenclatura de las calles, 1896. Es una de las más exactas del poeta gaucho.

HILARIO ASCASUBI

EL primero que hizo versos que circularon en estilo gaucho, fue quizá don Juan Gualberto Godoy; mas como por el centro en que actuaba entonces y la cuerda puramente amatoria que pulsaba no adquirieron resonancia, ni el coleccionista de sus poesías las hace figurar en el libro que las contiene, deben descartarse de nuestros fastos literarios. El que descolló por vez primera y con éxito imperecedero fue Bartolomé Hidalgo, el cual debía figurar en este sitio por ser anterior a Ascasubi en el tiempo y en el género, mas nuestros hermanos Orientales podrían suponernos la codicia de arrebatarles sus gloriosos hijos, habiéndolos ya incorporado a Sastre y ésta es la única razón porque, contra mi voluntad, queda excluido de la lista este poeta. La verdad es, que Hidalgo no nació argentino, ni uruguayo, sino bajo la dominación española, aunque a la banda oriental de aquel gran río, y no solamente se creó, se educó y residió siempre entre nosotros, sino que aquí cantó desde sus alegrías, celebrando las glorias de Chacabuco y de Maipú, como puede verse en su canto "El triunfo" dedicado a Buenos Aires, en la página 204 de *La Lira*, edición 1824, y sus composiciones gauchipatrióticas como el diálogo de Jacinto Chano y Ramón Contreras, en una estancia de la Guardia del Monte, en esta provincia, que se hallará en el mismo libro.

Tales títulos bastarían a mi entender para acreditar su adopción y concediéndole carta de ciudadanía y sitio de honor como poeta nacional: en prueba de sinceridad nótese la eliminación intencional del gran poeta Ventura de la Vega, que con ser argentino, le negamos este modesto tributo, porque no se acordó jamás de la cuna en que nació.

Con todo esto, y con haber Hidalgo terminado sus días entre nosotros, no me atrevo a vencer mis escrúpulos, acaso por la notoriedad del personaje. y presento por primero a don Hilario Ascasubi, autor de muchas y no menos meritorias obras de literatura gauchesca.

El mulato Ascasubi, como el pueblo lo denominaba y en efecto no dejaba enteramente de parecerlo, nació en un punto de la Provincia de Córdoba que él nunca quiso recordar, a imitación de Cervantes, el 14 de enero de 1807. Siendo niño de 14 años fue tomado en una leva y embarcado como tambor en una goleta armada en corso, hasta que apresado por un buque portugués, fue conducido a Lisboa, de donde escapó y arrastrado por su destino tanto como a impulsos de su ánimo inquieto, pasó a Inglaterra, estuvo en Francia y en Valparaíso, hasta que atravesó la cordillera y volvió al Plata.

En la época de Rosas afilióse al partido Unitario lo que le valió estar 23 meses en un pontón: sirvió con Lavalle el año 31 y hallóse en el sitio de Montevideo, que duró 8 años, donde prestó con su pluma importantes servicios a la causa, pues sus composiciones gauchescas y patrioterías, en prosa y en verso contra Rosas, Oribe y Urquiza, llenas de intención y chistosas ocurrencias de corte criollo, corrían de boca en boca en el Estado Oriental, Entre Ríos y Corrientes y agrupaban el gauchaje alrededor de la bandera partidista que agitaba.

Como gozaran de gran celebridad entonces las composiciones de Hidalgo, resolvió explotarlas en favor de su partido y acaso de su propio nombre poco conocido en aquel país: publicó los diálogos imitativos, usando los mismos nombres, sobre el mismo tema y con el mismo estilo, titulados "Chano y Contreras", "Chano y Barragán" que en nada desmerecen del original: pero que han ocasionado a muchos confusión.

Cuando el General Urquiza abrió la campaña contra Rosas en 1851, se trasladó a la Concepción, y en un banquete a bordo del vapor "Uruguay", Paulino Lucero expresó su adhesión en un brindis que empieza así:

Constante el gaucho Paulino
a la Patria y al amor,

a los veinte años, señor
vuelve a caer a este destino;
como patriota Argentino
solo cumplo mi deber
viniéndomele a ofrecer
a Vuecelencia a mi modo;
es decir, con cuerpo y todo
hasta morir o vencer.

El general Urquiza que no se hallaba en momentos de recordar ajenas veleidades de que él no estuvo jamás exento, aceptó sus servicios en calidad de ayudante en la campaña de Caseros, y aunque nunca más militó, obtuvo después el grado de Coronel bajo el gobierno separatista, con más títulos que muchos; porque fue guerrero de verdad, esgrimiendo su influyente pluma en Buenos Aires durante el sitio de 1853, nuevamente contra Urquiza, como antes lo hiciera en Montevideo con Rosas.

Sus descripciones del combate del Tonelero, la Batalla de Caa-guazú, la corrida de toros en que se lució Rosas, el fusilamiento de Camila O'Gorman y otros, tienen singular mérito, revelando un observador sagaz, de original concepción y extremada facilidad para versificar.

Su crítico Juan Antonio Argerich, dice que fue, como Hernández, un prosista insoportable.

¡Perdónalos, Señor!...

La musa de Ascasubi no revoloteó cual "ligera mariposa en las floridas praderas: arrullada con gorjeos de pintados pajaritos, al saludar la rosada aurora y refrescando sus alas de seda en las brisas del bosque perfumadas", etc., etc. ¡Oh no!

Era poeta de cota de malla: poeta político, político luchador, luchador tenaz y resistente y esto no lo perciben los que creen que la poesía consiste en concertar madrigales, pintar como querer, y no en rodear de galana y atrayente vestidura, lo que es verdad en la naturaleza y utilidad en la vida.

Ponderar a Hidalgo y menospreciar a Ascasubi es cosa que nos hace pensar cuán difícil es el arte de criticar a los demás sin poner en la picota nuestros defectos propios.

Sus composiciones entraban como cohetes a la Congreve en los escuadrones desordenando sus filas: y a veces, avanzando audaces como los gauchos de Güemes, se introducían de improvisado y esparcían la confusión en el centro mismo del campamento enemigo.

La biografía más nutrida que se ha escrito de este poeta, lo fue por el ilustrado literato Heraclio C. Fajardo y difiere en algunos detalles de la nuestra, fundada en recuerdos personales y referencias de familia.

Según ese escrito, Ascasubi estuvo en Salta, donde fundó una imprenta, la que abandonó el año 25 para formar parte del batallón de Cazadores que al mando del entonces coronel José María Paz vino de contingente para la guerra del Brasil.

A fines del año 26 fue destinado a Catamarca

a formar parte de un regimiento de Caballería de Línea en cuyas filas asistió a las campañas y acciones de guerra que en esa época tuvieron lugar contra los prestigiosos generales Quiroga, Ibarra y Bustos, y un año después de triunfar éstos volvió a Buenos Aires, donde el Gobernador Dorrego lo nombró teniente de artillería de marina, embarcándose en la escuadra nacional a las órdenes de Brown, donde permaneció hasta la paz con el Brasil.

No es fácil comprender cómo hallarse en tan distintos sitios y empleos casi a la vez: en la caballería de línea del interior y en la escuadra de Brown.

Ascasubi fue comisionado por el Gobierno separatista del Estado de Buenos Aires, para contratar soldados y diestros tiradores en Europa, especialmente en Suiza, con lo que formaron legiones de mercenarios, para regar con sangre de federalistas nuestros campos de Cepeda, de Pavón y de Cañada de Gómez; pero esto no es pecado personal, sino colectivo, que debe juzgar la historia.

Su hijo predilecto, Américo, fue nuestro prisionero en el batallón Palma de Cepeda, y proclamó siempre la benignidad con que fue tratado, lo mismo que todos sus compañeros de desgracia.

En 1872 Ascasubi editó en París sus obras en tres voluminosos libros titulados: *Santos Vega*, *Aniceto el Gallo*, y *Paulino Lucero*: alucinado con sus éxitos y exclusivo dominio del género, se propuso agrandar aquellas producciones acaso para aumentar su lucro, pero el resultado fue contra-productente, concurriendo en gran parte la circunstancia de haber aparecido poco antes el Martín Fierro.

Los numerosos chistes que campeaban en las composiciones primitivas, aparecen desleídos en versos inútiles y las animadas descripciones languidecen sensiblemente, perdiendo su colorido y sabor criollo entre una versificación a veces amanerada, pues no habiendo sido nunca realmente gaucho, y alejado tantos años de los tipos que con verdadera maestría copió, su espíritu imitativo no podía resistir la acción del tiempo y el medio social en que vivía: así es que pagó con mengua de su fama el error muy explicable que cometió.

Esto no debe inducirnos a negar la evidencia de su talento y el intrínseco valor de sus trabajos, que perpetúan su personalidad en el sensorio nacional.

Falleció nuestro vate en Buenos Aires, poco tiempo después de su regreso de Europa, el 19 de noviembre de 1875, y existe aquí numerosa descendencia.

Diga lo que quiera la crítica pedantesca que ha logrado eliminar en la 2ª edición de la América Literaria de Lagomaggiore, su nombre, el de Hernández y otros, que estaban en la primera de 1883; pero el juicio público, al colocar por sufragio unánime una corona sobre sus sienes, le ha conferido el título de poeta eminentemente americano y popular, ocupando por derecho de conquista, su puesto en nuestro Parnaso.

RAFAEL HERNÁNDEZ.

Los Nacionales

FRAY FRANCISCO DE PAULA CASTAÑEDA era porteño y franciscano. Había nacido en 1776. En 1800 obtuvo por oposición la cátedra de filosofía de la Universidad de Córdoba; en 1815 creó la primera escuela de dibujo de Buenos Aires; y desde 1819 realizó una vasta y fecunda labor periodística. Fue el primero y único opositor del iluminismo en la primera década de la Revolución, y dijo una vez de sí mismo: "estoy decidido y resuelto a ser mártir de la educación pública". Rivadavia lo desterró, justamente por su combatiente posición antiiluminista. "Que me destierren, en todas partes está Dios", dijo entonces. Murió en Paraná el 11 o 12 de marzo de 1832. El gobierno de Rosas hizo trasladar sus restos a Buenos Aires en julio del mismo año.

ROMANCE ENDECASÍLABO

JUNTO a un Ombú morrudo, y Sauce tierno
De mi guitarra templo el instrumento,
Y aunque me apura el frío del invierno
Con agua sacra ordeno ya mi acento:
Yo canto en melodías a lo vivo
La patria orlada de laurel, y olivo.

Canto la patria en verso nunca oído
En Chascomús, ni en toda la frontera,
Donde la copla corta siempre ha sido
Porque nos traían siempre de carrera:
Pero aflojaron ya los maturrangos,
Y el campo se quedó por los chimangos.

Oigame todo el mundo, y si no es dable,
Oigame la mitad, que eso es bastante.
Pues nuestro medio mundo a fuego, y sable
Sabrá dar atención a lo restante:
Empecemos la historia, y vaya un trago,
Que sin dar en el fondo, yo no amago.

En mayo fue Colombia visitada
De Dios por inefable providencia;
En mayo la nación fue libertada
Para en julio lograr su independenciam:
Honor sagrado, gloria peregrina
A la nación peruana, y argentina.

Cisneros el visir con sus odores
Pisaron a Neptuno las espaldas,
Y por no tolerar nuestros rigores
De España se acogieron a las faldas,
Y a Hércules le decían: No, no es cuento
Se nos perdió la tierra en un momento.

Nuestro amigo Liniers con unos godos
Y otros cuantos patricios renegados
En Córdoba levantan unos lodos
Y en dos por tres se vieron fusilados:
El Obispo escapó por que era padre,
No hiciéramos tal gracia con su madre.

Un tal Nieto el *plusultra* nos mostraba
Desde los Charcas para contenernos,
Los cerros nuestra tropa atravesaba
Hasta que el mismo Nieto pudo vernos,
Vio nuestro azul y blanco tremolando,
Y en la plaza con Sans murió temblando.

En la Vanda Oriental la real marina
Bizarra como siempre nos retaba,
Elío con bravura peregrina,
Y con *mecha en la mano* nos bombeaba:
Dimos el encontrón, y en un laus Deo
La marina cayó, y Montevideo.

En el reino de Chile un *blanca mano*,
Que Marcó se apellida sargenteaba;
Nos dispersó este pobre en una noche,
Y un día en Mayo andubo al troche moche.

Fin del canto primero, pues ya el vaso
Dio fin para que el verso se concluya,
Ensillado me aguarda mi Pegaso
Para cantar por ahí otra aleluya.
Yo cantaré mejor cuando Pezuela
Trueque por mi guitarra su vihuela.

PADRE CASTAÑEDA [1820?].

Homenajes

El 31 de mayo pasado tuvo lugar el acto de agasajo a nuestro director, organizado por el Centro de Investigaciones Sociales de la Argentina (CISA), durante el cual se le hizo entrega de la distinción "Patria y Soberanía" instituida por dicho Centro. En esa oportunidad hablaron el general (RE) Oscar Uriondo, el doctor Raúl Matera y el agasajado. Ofrecemos a continuación algunos de los discursos pronunciados y mensajes recibidos.

DE NUESTRO DIRECTOR

EL aceptar la distinción del CISA y este cordialísimo agasajo, contrariando bastante mi manera de ser, lo he hecho en gran medida con el convencimiento de que, entre todos los amigos, podíamos marginar lo meramente personal para transferir este homenaje a todos aquellos que, en el pasado o alrededor nuestro, contribuyeron a crear, con la enseñanza de una nueva historia, la necesaria autoconciencia nacional de los argentinos.

Quiero decirles que esta reunión y esta distinción consagratoria de lo argentino no son otra cosa que una forma de público reconocimiento hacia una obra que es de muchos, y que por eso posee la consistencia de lo que dura y crece y se proyecta hacia el futuro. Siquiera al pasar voy a nombrarlos, sin especificar matices diferenciales que escapan a un epítome: el Alberdi historicista (no el iluminista), Adolfo Saldías, el coronel Prudencio Arnold, Jorge Brown Arnold, Ernesto Quesada, Dermidio T. González, David Peña, Estanislao Zeballos, Juan A. Pradere, Carlos Ibarguren, Corvalán Mendilaharsu, Ricardo Caballero, Raúl Scalabrini Ortiz, Mario César Gras, Enrique Stieben; y los más próximos a nosotros, que van de Julio Irazusta a José María Rosa, o de Pedro de Paoli a Federico Ibarguren. La nómina es larga y sus aportes, insustituibles, fecundos, indispensables, frente a cien años de deformación mental de los argentinos: ese verdadero lavado de cerebro impuesto por los vencedores de Caseros.

Más de una vez se ha dicho, pero siempre conviene repetirlo, que el valor de la nueva escuela histórica formada a partir de Saldías y de Quesada no radica tanto en su faz puramente historiográfica como en su nuevo sentido, en su nuevo enfoque de la historia misma, al asumirla como una forma de pensamiento político nacional.

Nada menos que un filósofo liberal de nuestro tiempo, Benedetto Croce, enseñaba que "*toda verdadera historia es contemporánea*" y expresaba algo que para nosotros los argentinos, colonizados espiritualmente antes que económicamente, tiene un valor cultural inconmensurable: "*Y si la historia contemporánea —dice— surge directamente de la vida, también directamente de la vida surge aquella otra que solemos llamar no contemporánea, por-*

que es evidente que sólo un interés por la vida presente nos puede mover a indagar un hecho pasado; el cual, además, en cuanto se enlaza con un interés de la vida presente, no responde a un interés pasado, sino presente".

La idea de Croce es que, cuando el desarrollo de la cultura de mi momento histórico coloca delante mío el problema de la civilización griega o de la filosofía platónica, ese problema es legado a mi existencia como la historia de un negocio que estoy tratando, o "*de un peligro que me incumbe*", como dice textualmente el pensador italiano. Y si nos interesan muchas figuras históricas, y las juzgamos, es porque sus acciones son *ética y políticamente importantes para nosotros*.

A estas ideas sobre la historia, que yo considero esenciales para ubicarnos, podemos agregar aquello que dice Chesterton cuando escribe que: "*Todos los hombres de la historia que han hecho algo por el futuro tenían los ojos puestos en el pasado*". Y también aquella otra afirmación del ya nombrado Croce que expresa: "*Las edades en que se preparan reformas y transformaciones miran atentas al pasado*".

De todo esto deriva nuestra responsabilidad ante un necesario conocimiento de nuestra propia historia, en la que dirigentes políticos, gremiales, empresarios y jerarquías militares han de hallar las necesarias iluminaciones para descubrir nuestras frustraciones nacionales y todos esos problemas que nos solicitan y nos atormentan. Así, ahondando en nuestra historia, los dirigentes gremiales podrán conocer el valor que tiene el avance, desordenado pero lúcido, de las montoneras que le dieron alma a nuestros únicos días de autoconciencia nacional; y los militares podrán descubrir que hubo un general llamado José de San Martín que se las arreglaba "*para apurar la economía*", de acuerdo con las exigencias nacionales de su hora histórica: ese San Martín, industrialista y estratega, que nos han borrado de los manuales de la historia oficial subvencionada.

Hoy siento que estas cosas se han hecho carne en mí. Y lo que es mucho más importante, se han hecho carne en todos nosotros, en ustedes, y cientos y miles de hermanos y paisanos nuestros que saben ya que la historia es una cosa política y que no hay historia a secas, sino historia

liberal, racionalista, empirista, católica, escéptica o idealista.

Hace 15 años, cuando escribía mi primer artículo sobre historia (tal vez por ser fiel a recuerdos familiares que me ataban al sentido "de la tierra y de la sangre"); hace once años, cuando publicaba mi primer libro de ensayos históricos; nada de lo que hoy puedo decirles; nada de lo que esta noche me obliga ante todos ustedes, estaba en mi autoconciencia de argentino. Por eso es que digo que lo más importante de esta reunión de amigos y de camaradas y compañeros, es lo que ella tiene de testimonio común frente a ese rostro siempre amenazante de la antinación, para quien siempre hay financiación a largo plazo.

A veces la historia se desliza como un río de llanura, de pocos remansos; pero a veces estalla. Estalla como hoy, en la reunión de países ricos y países pobres de Nueva Delhi; en la vertiginosa revolución científica que separa todavía más a pobres y ricos; en los documentos pontificios que recogen el eco de nuestra cruenta historia contemporánea; en la hipertrofia de la economía capitalista que camina cada vez más hacia la fusión ultramonopolista de las empresas; en este meridiano de nuestra América Hispana que se niega a ser quebrada y fragmentada por una estrategia que nos condena a una novísima y servil división mundial del trabajo.

Es una historia clamante la nuestra, que nos golpea a todos para que nos unamos contra esa estrategia de nacio-

nes altamente desarrolladas y movidas por ideales utilitarios, que nos están cerrando todos los caminos.

La historia estalla también entre nosotros, en esta América fracturada a la que se le quiere borrar "el sentido de la tierra y de la sangre". Sobre la que cada día se derraman invisibles torrentes de acción psicológica, para tratar de convencernos que nada se puede hacer contra el poder del hombre tecnológico que traza su rumbo con computadoras.

Sin embargo, señoras y señores, los pueblos con vocación de patria están haciendo estallar las computadoras en algún lugar del mundo. Porque —también esto es historia— las almas de los pueblos son más fuertes que la vibración de una cinta magnetofónica; y jamás ha sido vencida por las diversas formas de misiles.

Esto es todo lo que quiero decirles, antes de agradecer a las autoridades del CISA y a los amigos presentes y ausentes, esta forma de estar en nuestro tiempo histórico, con la conciencia alerta y dispuestos a ser protagonistas de las transformaciones que nuestros pueblos reclaman.

Todos los argentinos que, en mayor o menor medida, han contribuido a crear un pensamiento político nacional por medio de la historia, son los destinatarios de este homenaje que ustedes han querido, generosamente, personalizarlo en quien solamente se propuso arrojar semilla sobre una tierra que otros prepararon, en un amanecer que se prolonga demasiado.

DEL DR. RAUL MATERA

UN poco más de 110 años, en cifras redondas, tiene la Historia del Estado Argentino. Es decir, la Historia del Cuerpo Político de la Nación. O, lo que es lo mismo, un poco más de 110 años de edad tiene el individuo legal gestado y traído al mundo por los obstétricos del liberalismo para darnos un nombre y apellido jurídico.

Pero la Historia del país es bastante más vieja. El Ser Nacional nos viene de mucho más lejos. Pues, si como País no fuésemos más antiguos que como Estado... si como País fuésemos solamente lo que somos como Estado... no tendríamos más remedio que convenir no más con los doctores de la democracia selecta, en que aún nos hallamos en vísperas de existir, ante el panorama desolador que muestra la angustiante realidad nacional.

Mas la cosa no es así. La Historia del Estado... nuestra Historia Oficial... la escribieron los aprovechados beneficiarios del urquizazo de Caseros y nada tiene que ver con la Historia del país, como no sea en los textos amañados con que pretenden embretar el alma nacional. Por eso Estado y país malconviven a los golpes en la estructura de la República, llenando de magullones y desencuentros el quehacer ciudadano. Por eso estamos como estamos. Nada sólido y permanente se puede construir sobre bases falsas. Nada valedero es dable edificar sobre la mentira. Las dimensiones del País de los Argentinos no caben en los libros de los exégetas de 1853.

El hecho está tan a la vista que resulta obvio demostrarlo. Sin el Cuerpo Político de la Nación, el Estado, permanece como un dios de los muertos, huérfano de todo calor vital, ejercitando una triste y lamentable soberanía de ultratumba... transcurriendo bajo una permanente carpa de oxígeno blindado... y debiendo ser resucitado a cada rato mediante una inyección de bayonetas, único posible soporte de la momia. En tanto el País, curado de espanto, de vuelta ya de todas las aparcerías leguleyas, lo contempla con piedad... porque es muy de criollo decir que el finado, pobrecito, no era

malo... y salir inclusive a buscarle méritos y excusas para adornar su necrológica.

Yo no voy a hablar de Historia en una noche de historiadores. Sólo voy a pedir, en este sentido y en esta materia, que se aprovechen la experiencia y el sentido de tantos buenos argentinos.

A la inversa de toda lógica, que indicaba la prioridad de la unidad nacional frente a la Constitución, aquí, hace más de un siglo, se fabricó antes, la bolsa en la que, hace más de 110 años, el País se niega a entrar... queriendo unificar por obediencia —canon unitario— en vez de unificar por pacto —canon federal—. Pues bien; hay que salir de ese vínculo vicioso. Hay que dejar de pretender mandonearnos para encajarnos a cogotazos en una saca bonapartista. Es hora ya de hacer las cosas como se deben hacer, de una vez por todas, en lugar de seguir gobernando a los argentinos por la fuerza. Es hora ya de emprender el camino de la verdad, desde la raíz. Hace más de un siglo que ellos vienen fracasando en la tarea de fabricar un pueblo a imagen y semejanza del Estado que digitaron. Ha llegado, entonces, el momento de volver la oración por pasiva y hacer un Estado a imagen y semejanza del pueblo que tiene que tutelar.

Y he nombrado a la Constitución en esta oportunidad, porque precisamente en estos días ha vuelto a estar de moda, mentada por los "desconocidos de siempre", que han comenzado a rasgarse las vestiduras en procura de utilizarla para sus siempre subalternos y personales fines.

Imagínense ustedes que ahora, la Constitución y su intangibilidad están en boca de los mismos que golpearon sistemáticamente la puerta de los cuarteles para pasarla al archivo cuantas veces les vino bien. De los que fusilaron. De los que avalaron herencias presidenciales por sobre lo que la Carta Magna estatuye. De los que la mediatizaron con documentitos de sectores. De los que aplaudieron la curatela a que se halla sometida la civilidad como si éste nuestro país estuviera habitado por 24 millones de infradotados. ¡Y de los que, por sobre ella, por sobre el pueblo, y por sobre todo se sienten propietarios de un destino mesiánico!

Por eso. Porque todos nuestros males vienen de una larga mentira histórica. De una base falaz. De un anecdotario de engaños. De una crónica de ficción... es que tiene fundamental importancia la labor de esclarecimiento que realizan hombres que, como Fermín Chávez, a quien homenajeamos esta noche, hacen, en procura de aproximar el encuentro del país con su verdad, que hombres y mujeres de esta tierra se hallen con su semilla para salir definitivamente en busca de sus legítimos destinos. Porque hay una cosa que es fundamental para andar: saber de dónde se viene y hacia dónde se va. Señores: porque nos han vivido mintiendo es que no acertamos el rumbo que debemos tomar.

Un preclaro biotipo de la época, el constituyente Juan María Gutiérrez dijo: "Sólo hay dos modos de constituir un país: tomar la Constitución de sus costumbres, carácter y hábitos o darles el código que les haga crear ese carácter, hábitos y costumbres si no los tiene".

El gorilismo civilizador de ese tiempo supuso que era mejor darnos un código que nos creara un carácter, hábitos y costumbres que, según ellos, no teníamos. Y así nos fue. Que haya todavía quienes sigan creyendo que se puede insistir en lo mismo, es alienación. Pero que haya quienes piensan que pueden indicarnos un nuevo sistema de estructuración política sin consultarnos, sin llamar al pueblo a decidir sobre su destino, ubicándose por encima de todas las inteligencias, ¡es sencillamente paranoia!

Señores: Esta es la hora de la verdad. No hay más tiempo para experiencias. Regentando al Estado liberal, sus beneficiarios han gobernado o desgobernado más de un siglo. Les llegó el turno de jubilarse en paz; deben irse a sus casas. Aquí hay sitio para todos. Pero no queda más margen para la antipatria, la entrega, el

servilismo, la traición a la nacionalidad, el fraude a la voluntad popular y la mentira histórica institucionalizada. El mundo es cada día más chico y más interdependiente socialmente hablando. El privilegio tendrá que perder el cabello, como dijo un gran ausente, si no quiere perder la cabeza. Y nosotros, los argentinos, estamos en este mundo.

El tiempo de la fábula ha terminado. El país de los argentinos, lleno de legítima historia, se encamina hacia su propio hallazgo. Muchos han trabajado para que así sea. La tarea de esclarecimiento ha sido larga y difícil. Pero ya todos sabemos la verdad. Todos sabemos lo que queremos. Se terminaron los paternalismos supuestamente ilustrados o providenciales. Ya, en la mentira, no creen ni los propios mentirosos. Y en ese sentido es que tiene validez la labor de los intelectuales, a quienes rendimos tributo esta noche, en la persona de Fermín Chávez y de su obra. Y de cuya personalidad no voy a hablar porque, amistosamente, me caben las generales de la ley. Valga nada más, para este compañero entrerriano, acunado en el terruño de los grandes caudillos, el saber que lleva, transmitido por el habitat y por la sangre, todo el empuje toro de una raza que le ha dado fuerzas para embestir contra los molinos de viento levantados por los fariseos de la antipatria. Extraordinario muchacho. Cariñoso padre de familia. Esclarecida cabeza. Limpio. Legítimo. Valiente.

Hoy el Centro de Investigaciones Sociales de la Argentina, le entrega, a Fermín Chávez, la distinción "Patria y soberanía" estatuida para todos los ciudadanos o entidades que se hayan destacado en la defensa de los intereses nacionales. Nada más justo. Y más merecido. Señores. Por el amigo Fermín Chávez. Por la Patria.

DE EDUARDO VICTOR HAEDO

Querido y admirado Fermín: He venido a Buenos Aires para despedir a Cesáreo Bernaldo de Quirós, cuya desaparición me ha conmovido. Siento que ni yo, ni sus amigos, ni sus admiradores, ni tus hermanos argentinos, a pesar de haberle mirado tanto, le dijimos, en vida, todo lo que merecía que le dijéramos. Se ha ido con él uno de tus más egregios colegas, el Historiador—sin anécdotas, ni deducciones, ni arrebatos—de nuestras tierras, más bellas cuanto más solas nos las están dejando la codicia, y la soberbia de los de afuera, y el desdén y la confusión de los de adentro. Todo lo de la Banda Oriental y de la Occidental, en sangre y en pasión, en ternura y en amor, en errores y en aciertos Quirós lo amojonó con máscula pasión telúrica. Fue un Caudillo del color y de la forma.

Mis amigos me dicen que hoy se juntan para decirte lo que creen que eres y lo que esperan de ti. Como Escritor y como Hombre. Y lo que es tan importante como eso, como pintor de Vidas, que sin el color de tu pluma corrían el riesgo de que el Olvido les pesara más que las lozas de sus tumbas. Tu mérito reside en que no embalsamas muertos, los resucitas, y los pones, para que contra ellos se estrellen los *barronáutas* de la *Historia-ficción*, desubicados por no comprender que lo del ayer, se repite, aunque de otro modo.

Renegar o repudiar la creación sangrienta de la Patria Vieja, o expurgarla beatificando o maldiciendo "para dar gusto al Delfín" de turno, es pretender saltar sobre la propia sombra.

Carlos Roxlo enseñó primero en La Plata y después en Montevideo que lo criollo es siempre homérico. Desde los carros antiguos, se lanceaba; el criollaje lo hacía sin bajar del caballo. En tanto Aquiles, en la antigüedad, dialoga con sus equinos Babio y Janto, el gaucho interpreta el relincho y el movimiento del animal, que actúa como integrado al jinete. A las Divinidades opone el nativo la superstición, la fatalidad y la agüería. Son idénticas por encima de los siglos las virtudes homéricas de compañerismo y de hospitalidad, la energía de la voluntad y del decir. Por eso "Martín Fierro" tiene dimensión universal.

La tendrán también San Martín y Artigas el día que—valga la consigna de Rodó—nuestras patrias y sus pueblos, autónomos, independientes y soberanos, asciendan y no degraden, realcen lo propio y no envidien, ni codicien, ni copien lo ajeno.

Como verás, Fermín, no estoy a tu lado, pero me siento cerca de tu talento, de tu rumbo y de tu corazón.

Un abrazo fraternal de

EDUARDO VÍCTOR HAEDO.

Correo Histórico

8 *A Descendiente de Juan Moreno. Capital.* — En su carta del 28 de mayo pasado solicita usted “la mayor información que tuviera sobre Juan Moreno; datos biográficos; si tuvo descendientes; con quién casó, etc.” Van a continuación algunas noticias reunidas mediante fuentes que tuvimos a la mano.

Juan Moreno nació en Colonia, República Oriental, en la primera década del siglo XIX. Su madre, doña Lorenza Monsalvo, lo trajo a Buenos Aires cuando el niño tenía menos de 15 años. A comienzos de 1830, Moreno fue nombrado celador de policía en nuestra ciudad, después de haberse desempeñado en diversos empleos, entre otros, el de cobrador del alumbrado público. El 31 de julio de 1835 lo encontramos como actor teatral aficionado, representando el papel de Tribuno en la tragedia “Bruto o Roma Libre”, ofrecida en una función en honor de don Juan Manuel. Diez años después, aparece como Oficial 1º del Departamento de Policía, designado a partir del 1º de enero de 1845. Dos años después, hallamos su nombre entre los firmantes del acta labrada con motivo de la colocación de la piedra fundamental de la muralla de la Alameda. En abril de 1849, el Gobernador Rosas le encomendó el estudio y la ejecución de la variación de nombres para diversas calles de Buenos Aires. Era por entonces jefe interino de Policía, cargo para el cual había sido nombrado el 14 de marzo de 1848.

Juan Moreno se distinguió en sus funciones policiales, a través de hábiles pesquisas que culminaron en completo éxito: tal por ejemplo la falsificación de billetes de banco de 1848. Poseía una quinta en la Calle Larga de Barracas —hoy Montes de Oca—, a la altura de la actual Australia. Después de la caída de Rosas, permaneció en Buenos Aires, de tal modo que, al producirse el movimiento federal y el sitio del coronel Hilario Lagos, éste lo designó jefe de Policía con asiento en Barracas. Pero al levantarse el sitio tuvo que emigrar y se refugió primeramente en Colonia. Luego pasó a Paraná, capital por entonces de la Confederación.

Al establecerse en Entre Ríos la Intendencia General de Policía del territorio federalizado, fue designado por Urquiza para desempeñar el cargo de Intendente General, funciones que conservó hasta el momento de la desfederalización, después de Pavón. El 20 de setiembre de 1862, ya producida la desfederalización de Entre Ríos, el Gobernador Urquiza lo nombró secretario de la Jefatura Política de Gualeguay y posteriormente, jefe. En el *Archivo Urquiza* se conserva una abun-

dante correspondencia de Juan Moreno con don Justo. El 1º de enero de 1867, en el acta de la asamblea de accionistas para el Ferrocarril Primer Entrerriano, figura como socio de dicha empresa. Ejerciendo el cargo de jefe político de Gualeguay, murió de apoplejía en esta ciudad el 13 de mayo de 1868. Se había casado en Buenos Aires, en 1837, con doña Urbilina Valdez.

Se ruega a la persona que formuló la consulta aportar a nuestra revista cualquier otro dato que posea sobre Juan Moreno, cuyo retrato pintó Fernando García del Molino.

8 *A Viterbo Pedro Ferrer, Pehuajó.* — Su refutación titulada “¿Qué se cree que es Borges el viejo?”, referente a las declaraciones formuladas en Córdoba por quien usted tan acertadamente califica de “campante en su senectud” llegó cuando se estaban componiendo dos artículos sobre el tema: uno de nuestro director, y el otro, las contundentes declaraciones del doctor Vicente Sierra publicadas por un diario de Córdoba. Ambos textos van en la presente entrega de nuestra revista, por lo cual lamentamos no poder brindar por ahora su artículo, en razón de reiterar una posición argentina sobre la que *Ahijuna* viene poniendo el acento desde su aparición. Por lo demás, estimamos que, a esta altura de la enfermedad gerontocrática de Borges, no debemos al fin darle a sus decires una importancia que ya no tienen.

8 *A Luis Raffo, Capital.* — Ha leído usted, en el n° 5 de nuestra revista, el artículo de la doctora Haydée Frizzi de Longoni (solicitado especialmente por *Ahijuna*) sobre el libro de Bagú. Usted se ha impresionado por una sola frase de un extenso y sólido trabajo crítico: la que se refiere a la promulgación de la ley Le Chapelier. Usted nada dice del fondo del artículo, de sus argumentos y observaciones sobre la pobreza y parcialidad del voluminoso libro de Bagú. Es una lástima. No creemos que el suyo sea el criterio más justo para enfocar el artículo de nuestra colaboradora, pues implica lo que vulgarmente se dice “irse por las ramas”. Nuestra revista viene recogiendo desde el primer número artículos con los que la dirección tiene diferencias en más de una opinión, pero coincidiendo en lo sustancial. Es ésta una norma que se ha impuesto. Desde el punto de vista nacional, la ley Le Chapelier importa mucho menos que el fondo de la cuestión abordada en el artículo: la planificación antinacional del señor Rivadavia. Hínque usted el diente en este asunto.

Leído y Comentado

HOMERO MANZI: ANTOLOGÍA

Selección y prólogo de Horacio Salas

ANTES de que Homero Manzi llegase a convertirse en un mito era necesaria una edición, si quiera fuese parcial, de su obra poética y, si se me permite el vocablo, *letrística*. Había que examinarla en conjunto, así reunida (presúmese que lo mejor de ella) para poder extraer una impresión o un juicio que no fuesen demasiado apresurados. Queda dicho con ello que Horacio Salas ha hecho obra buena y útil al seleccionarla. También al darnos el esbozo biográfico-crítico que precede a la antología y que abre paso con la debida eficiencia a tentativas futuras que puedan profundizar o ampliar aspectos que él ha tratado con alguna brevedad, pero, entiendo, con autoridad fundada. Salas conceptúa que su tarea implica rescatar a Manzi para la cultura nacional, evitando quede sumergido en las páginas de los modestos y tantas veces adocenados cancioneros populares.

La tarea del crítico consistirá, precisamente, en ver hasta dónde es posible rescatar al poeta que evidentemente vivía en Homero Manzi y si ese poeta, manifestado un tanto fragmentariamente en unos pocos poemas *serios* y algunas humildes pero fragantes canciones de pueblo, tiene derecho pleno a codearse con los que el criterio oficial y convencional suele albergar en las antologías presuntamente más representativas. Por mi parte opino, a despecho de algunas composiciones, tangos y milongas especialmente, que creo revelan con plenitud al poeta Manzi, que éste deja escaso material aprovechable; que su muerte se produjo posiblemente en el momento en que se manifestaba su madurez espiritual y en que estaba encontrando el lenguaje poético apropiado; y que en más de alguna pieza se advierte el mecanismo versificador que actuaba en función de oficio más que de creación, reiterando temas y rimas (sin olvidar que el letrista no se debe a sí solo, que está condicionado por otros factores).

Esta agrupación de sus poemas, los más representativos sin duda en el ánimo del compilador, permite apreciar que Manzi era un poeta cuyo fuerte y cuya autenticidad estaba ante todo en lo elegíaco. Es el poeta de la ciudad muerta o en trance de morir, de las ilusiones fracasadas, de lo que fue o está empezando a ser. En sus poemas y en sus letras hay siempre una nostalgia, una muerte, un fracaso, una negación, un dolor o el temor de un dolor, algo que se esfuma o se desvanece. En diversos planos y temas, ya en sus poemas, ya en sus letras, esa impresión predomina, se revela como la constante de su espíritu. Algunas excepciones no harían sino confirmar la regla.

Cabe preguntarse si Manzi fue un poeta a quien

la bohemia y el ambiente, incluso las necesidades del vivir, llevaron a la poesía en cierto modo menor de la canción popular, desentendiéndolo de intentos más serios (de los que son muestra cabal algunos de los poemas inéditos que figuran en la primera parte) en los que pudo lograr más empujados niveles —verbigracia, *Juan del Disturbio*, *La herrería*, el inconcluso *El último viaje de Quiroga*—, o si sencillamente ancló en la letra de la canción popular porque allí estaba su meta, más modesta pero legítima y, sobre todo, auténtica. Esta última posibilidad no implica ningún irreverente desplazamiento de Manzi del sitio en que justicieramente lo tiene colocado el corazón porteño. Sólo me parece vislumbrar —y puedo estar equivocado, porque Manzi murió en plena floración, cuando todavía le faltaba un buen trecho de rollo por desenvolver— que en el autor de *El último organito* se repite una situación dada en otros poetas populares —Yacaré, Cadícamo, Dante Linyera, entre otros que podrían citarse—, cuyos mejores logros o cuya más cabal concreción se dio cuando, dejando la Musa de los cultos, se largaron resueltamente a darse en versos con olor a calle, ámbito de pueblo y lenguaje palpitante, vivo, sangrante, cuando buscaron y se ayuntaron para siempre con la Musa escasamente retórica que escribe sus versos para los labios de la muchedumbre. Tal vez no sea enteramente, exactamente el caso de Manzi, pero pudiera ser. (Breviarios de Información Literaria.)

SOLER CAÑAS.

EL ENSAYO: DEL 30 A LA ACTUALIDAD

por Rodolfo A. Borello

LA entrega n° 54 de la publicación *Capítulo: la historia de la literatura argentina* está dedicada al “ensayo, del 30 a la actualidad”. El autor de su texto es el profesor Rodolfo A. Borello, de la Universidad de Cuyo, crítico erudito y probo que, en esta oportunidad, ha puesto en la colección que publica el Centro Editor de América Latina una nota de seriedad, mesura y equilibrio bastante desusada. Sin compromisos con las imprecisiones y el uso “delphini”, Borello ha compuesto un trabajo expositivo claro y justo, aún en la presentación de figuras urticantes para la orientación del Centro Editor como pueden ser las de Lugones, Irazusta, Jauretche, Leonardo Castellani o Nimio de Anquín. Con esto queremos subrayar la objetividad del profesor Borello, y su enfoque comprensivo de lo ocurrido en el país después del 30, sin excluir al revisionismo histórico. (F. Ch.)